

# EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

Madrid 12 rs. el trimestre.  
Redacción, calle del Espejo, número 17,  
cuarto principal.  
Provincias 15 rs. el trimestre.  
En casa de los comisionados ó mediante  
libranzas.

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en  
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-  
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de  
sus precios.

## RESUMEN.

MADRID. ASUNTO DEL DIA.—Contestación á los vitalistas.—De la base en que debe fundarse la terapéutica.—Exámen de las conclusiones con que el Dr. Mata dió fin á su póstero discurso en la Real Academia de Medicina de Madrid.—PRENSA MEDICA. TERAPÉUTICA. Iodo-formo; uso de esta sustancia como agente anestésico.—Mentagra; fórmula contra esta enfermedad.—Pleuritis seguida de derrame: fórmula eficaz contra este último accidente.—Cirugía. Empalmentamiento del torax.—Química orgánica. Inosita reemplazando al azúcar en las orinas de un diabético.—PARTE OFICIAL. Ministerio de la Guerra.—SANIDAD MILITAR. Reales órdenes.—MONTE-PIÓ FACULTATIVO. Junta directiva.—Circular á las Juntas delegadas.—Secretaría general.—VARIEDADES. Academia de medicina de Madrid.—Nuevo honor á la clase médica.—La nueva faz.—Almanaque médico del mes de julio.—El Dr. Mata y la Revista médica de París.—CRÓNICA.—GACETA DE EPIDEMIAS.—VACANTE.—SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

Madrid 3 de Julio de 1859.

## ASUNTO DEL DIA.

En seguida trasladamos á nuestras columnas un nuevo artículo, en que el Sr. D. Juan Bautista Calmarza combate bajo cierto aspecto al vitalismo. Como esta réplica es motivada por un punto de doctrina que en su discurso sentó el Sr. Mendez Alvaro, necesario es dar respuesta al señor Calmarza por medio de notas que pongan la cuestión en su verdadero punto de vista.

El Sr. Calmarza es, sin duda alguna, un digno contendiente: como hombre de ciencia y de razón, discute con calma, con buena fe y con decoro; cosas tan apartadas de otros sostenedores de las propias doctrinas, que por su falta se ha encendido el debate más de lo que conviene al esclarecimiento del punto científico y á la fraternal armonía que siempre debe existir entre compañeros y amigos.

Cuanto el Sr. Calmarza guste escribir sobre esta cuestión, ó sobre cualquier otro asunto científico, será inserto en uno de los más preferentes lugares de EL SIGLO MEDICO, asegurándole por nuestra parte (cuando haya necesidad de oponer las opiniones de la redacción á las suyas), toda la consideración, toda la templanza, tolerancia y cariño que sin duda merece. Las razones espuestas de buena manera, aun cuando no lleguen á convencer, caulivan; y hasta se concibe muy bien que el vencimiento se sufra con resignación y sin mengua, cuando el vencedor se muestra desde luego afectuoso y dulce, en vez de aparecer ultrajante y soberbio.

Hé aquí el escrito del Sr. Calmarza:

## CONTESTACION Á LOS VITALISTAS.

Obligame á tomar la pluma, no la impugnación de la fuerza vital como esencialmente diferente de las físico-químicas (1), sino un deber de

(1) No se limita la cuestión presente á determinar si la fuerza vital es ó no diferente en su esencia de las físico-químicas: la cuestión es, si todos los actos vitales y psíquicos, si todos los fenómenos que constituyen la vida humana dependen *pura y simplemente* de la materia, y son explicables, con exclusión completa de otras fuerzas ó agentes, por las leyes de la física y de la química. Nuestro ilustrado compañero reconocera, que

crisiano, cuya cualidad, ante todo, debe tener el hombre. Se pretende por los vitalistas que las doctrinas que atacan su fuerza vital tienden á la negación de Dios y del alma (1), y nos preguntan, ¿qué clase de alma es la vuestra?, admirándose al mismo tiempo de que les atribuyamos la

aun negando la fuerza vital, admitida con ese u otro nombre por nosotros, puede haber todavía algo que influya sobre la materia; por ejemplo, el alma, en cuyo caso no debería reputarse materialista al que admitiera tal doctrina, por cuanto no sería la materia *por sí sola* quien determinara la totalidad de fenómenos propios de la vida. De suerte que podría darse el caso de resultar los vitalistas convencidos de error, y sin embargo sufrir al propio tiempo igual suerte los materialistas.

(1) No se pretende un materialismo en que se admita la existencia de Dios y del alma no es materialismo verdadero, no es materialismo legítimo. Hay cosa más espiritual que la concepción de un Dios y de un alma? No ha sido siempre esta la creencia fundamental del espiritualismo? No es esta doctrina, en filosofía, una doctrina secular y seguida constantemente? El filósofo que admite esos dos dogmas, es un *espiritualista acabado y perfecto*; el que los rechaza es un *completo materialista*. Lo que verdaderamente pretenden el señor Mata y sus secuaces (no nos referimos en esto al señor Calmarza, que en unas cosas puede estar conforme con ellos y en otras no), es salirse de toda filosofía, quedándose, no obstante, dentro del dogma; á cuyo fin admiten (ellos que tan soberano imperio conceden á la razón) un Dios y un alma, que rechaza esta, según sus principios filosóficos, privados ambos de toda acción sobre la materia, impotentes, aquel sobre el macrocosmo, y este sobre el microcosmo, y sin los cuales se pudieran pasar uno y otro, como se pasan sin alma los animales, á no tenerlos que admitir por no chocar con la fe. ¿Puede concebirse un Dios creador, un Dios todo poderoso, sin que ejerza influencia alguna sobre la creación, sin que tenga sujeta á su mano y dependiente de su voluntad suprema la materia que constituye la creación? ¿Puede concebirse un alma sin género alguno de acción sobre la materia que forma el cuerpo? A esto dice el Sr. Mata: aquí hay absurdo, pero mío no es la culpa... Hé aquí unas palabras á que no queremos contestar.

Quede, pues, sentado que la pretensión es extraña, singularísima, opuesta á toda filosofía, y también creemos que á todo dogma, es la de los materialistas que siguen al Sr. Mata; quienes intentan hacer la fusión de cosas tan radicalmente opuestas como lo han sido en todos los siglos el materialismo y la existencia de un Dios y de un alma en el hombre: es decir, el materialismo y el espiritualismo. Conviénase el Sr. Calmarza: esta ocurrencia del Sr. Mata es una evolución que ni aun puede llamarse ingeniosa, tan opuesta á las más comunes doctrinas filosóficas, como al dogma y á la simple razón.

Por lo menos conste que hasta el día nadie ha comprendido el materialismo de esa suerte. Hé aquí, para no ir más lejos, como lo entendía Virey; de una de cuyas producciones copiamos los párrafos siguientes:

«El materialismo es un sistema filosófico que hace emanar de las solas fuerzas de la materia, ó de diversas materias, tales como nuestros sentidos nos las dan á conocer, todos los seres de la naturaleza y todos los movimientos del universo. En esta hipótesis, la estructura, la coordinación armónica de los cuerpos organizados, animales y vegetales; la inteligencia humana, como los instintos de los brutos; las maravillosas relaciones de ponderación y de equilibrio que gobiernan las esferas celestes, que mantienen sus leyes de estabilidad ó sus revoluciones perpétuas; todo, en una palabra, no es más que el resultado de la espontaneidad de acción de los elementos materiales, y el mundo no contiene otra cosa que su única sustancia en el espacio infinito. Resulta de aquí que la sustancia corporal posee por sí sola todos los géneros de fuerza que despliega, toda la inteligencia ó todos los gérmenes de la organización que se manifiestan en la naturaleza, sin intervención alguna de la divinidad, ni de su suprema sabiduría, ni de su omnipotencia; la cual no preside á estas formaciones, ni penetra de su poder los elementos materiales. Admitido esto, necesario es atribuir, con Spinoza y la filosofía estratónica, á la de Leucipo y Epicuro en la antigüedad, á materiales originariamente brutos, al carbono, al azoe, al hidrógeno, etc., las completas facultades ó medios de organizarse espontáneamente, y de constituir por completo la inteligencia; ó es necesario, para producir las estructuras animadas, como para la coordina-

ción armonica de las esferas celestes, recurrir á las probabilidades infinitas de casualidades felices en la inmensidad de los tiempos. «Spinoza formó su Dios-Mundo é incorporó los atributos de la divinidad con la materia. Los atomistas prefirieron, por su sistema, los sucesos fortuitos ó la casualidad; pero todos convinieron en desterrar del universo el principio espiritual, la inteligencia pura, esta fuerza libre y suprema de organización y de armonía, que forma la admirable cadena de las criaturas, enlazándose unas á otras por anillos fraternales, perpetuándose en el curso de las generaciones por el don inmortal de la vida y el amor, desde el gusano y el musgo hasta los seres más perfectos emanados de este origen celestial.»

Digámoslo como de paso para dejar las cosas en su lugar: Virey, aunque tan apartado del materialismo, era hombre de opiniones avanzadísimas; cuyo ejemplo acredita que el espiritualismo, lejos de tener la menor tendencia antiliberadora, es eminentemente progresivo. No hay duda: las doctrinas materialistas (no las que atacan la fuerza vital, porque pudiera atacarse esta sin admitir el exclusivo imperio de la materia), no solamente tienden á la negación de Dios y del alma, sino que son radicalmente opuestas, según todos los filósofos, hasta el Sr. Mata.

(1) Los vitalistas, para no esponerse á gravísimos errores, entendemos que deben reducirse á admitir en la materia organizada y viva, una ó más fuerzas que, agregadas á las físicas y químicas, dan como resultado los fenómenos vitales, inexplicables tan solo por estos dos últimos órdenes de leyes. La solidaridad entre la fuerza vital y el alma, ó sea su dependencia y enlace necesarios, dejaría sin explicar la vida en los animales y vegetales.

(2) Explicaremos á nuestro apreciable compañero por qué se ha involucrado el alma en esta cuestión. En cuanto á nosotros (lo hemos manifestado oportunamente, y consta en las columnas de EL SIGLO MEDICO) tuvimos que ceder á la provocación indiscreta de otro periódico. A no mediar esta, no hubiera tocado tan delicado punto en su discurso quien escribe estas notas tan solo por guardar ciertas conveniencias; y reconociendo lo delicada y comprometida que para sus adversarios podía hacerse la discusión. Mas después de todo, no es la cuestión extraña ni impertinente. A la ilustración del Sr. Calmarza no se puede ocultar, que una vez concedida la existencia en el hombre de un alma activa, que influya, de cualquier modo que sea, sobre la organización, el materialismo resultaba vencido; siquiera no apareciera por ello vencedor el vitalismo; y como la cuestión versa sobre esos opuestos principios, eliminado el uno, había llegado á su término; cesaba la cuestión.

(3) Seguramente que no. «El materialismo es un sistema filosófico que hace emanar de las solas fuerzas de la materia, ó de diversas materias, tales como nuestros sentidos nos las dan á conocer, todos los seres de la naturaleza y todos los movimientos del universo. En esta hipótesis, la estructura, la coordinación armónica de los cuerpos organizados, animales y vegetales; la inteligencia humana, como los instintos de los brutos; las maravillosas relaciones de ponderación y de equilibrio que gobiernan las esferas celestes, que mantienen sus leyes de estabilidad ó sus revoluciones perpétuas; todo, en una palabra, no es más que el resultado de la espontaneidad de acción de los elementos materiales, y el mundo no contiene otra cosa que su única sustancia en el espacio infinito. Resulta de aquí que la sustancia corporal posee por sí sola todos los géneros de fuerza que despliega, toda la inteligencia ó todos los gérmenes de la organización que se manifiestan en la naturaleza, sin intervención alguna de la divinidad, ni de su suprema sabiduría, ni de su omnipotencia; la cual no preside á estas formaciones, ni penetra de su poder los elementos materiales. Admitido esto, necesario es atribuir, con Spinoza y la filosofía estratónica, á la de Leucipo y Epicuro en la antigüedad, á materiales originariamente brutos, al carbono, al azoe, al hidrógeno, etc., las completas facultades ó medios de organizarse espontáneamente, y de constituir por completo la inteligencia; ó es necesario, para producir las estructuras animadas, como para la coordina-

(4) Se llama materialista al que no reconoce en el cuerpo humano otra cosa que materia; pura materia, exclusivamente gobernada por las leyes que ofrece en los cuerpos brutos. El que concede á esa materia alguna otra ley que solo se manifiesta en la materia viva, y el que admite la existencia de un alma que obra, que influye (como quiera que esto sea), sobre la organización y el juego de los órganos, no es materialista.

(5) A los que reconocen un Dios, no solamente como causa primera, sino también como causa permanente, que mantiene la obra de la creación y la armonía del universo; y á los que admiten un alma, que obra que influye sobre el hombre, nadie les llama materialistas. Un alma reducida al papel fugaz de infundir la vida al nuevo ser, y que se conserva completamente ociosa en adelante, no se concibe filosóficamente ni se



gloria en la posteridad, ni eterna gloria en el cielo...» (1)

Para probar el ningún fundamento de lo contundente de tales proposiciones, y por lo que pueda tocarme por mi escrito, inserto en el número 278 y 283 de El Siglo Médico, voy á contestar, no como deseo, porque tendria que citar infinitas autoridades, sino brevemente; advirtiéndole que, aunque escribo por mi propia cuenta, creo aplicable á los anti-vitalistas cuanto de mis creencias voy á decir, porque la negacion de la fuerza vital, como de esencia diferente de las fisico-químicas, en nada afecta al dogma (2). Pero antes permítanseme algunas palabras para deslindar un poco más el campo, á fin de que no sea cuestion de palabras sino de ideas.

En los seres inorgánicos y organizados, así vegetales como animales (y aquí prescindiendo del alma como causa primera), se nota una actividad tan diferente, aunque no en su esencia, como diferencia hay en su composicion química y modo de agruparse sus moléculas; naciendo de aquí la necesidad de dividir la química en orgánica é inorgánica. Así es que el número de funciones está en razon directa del de aparatos (3). Compárese, sinó, el primero de los cuerpos inorgánicos con el último de los vegetales, y el primero de estos con el último de los animales, y se verá cuánta semejanza de propiedades, porque también la hay en su composicion material. No sino por este motivo Saint-Vincent quiso establecer sus *psicodiaris* entre el reino vegetal y animal. Nosotros creemos que esta actividad ó fuerza de los cuerpos vivos reside en los átomos de los que procede (4), y que por lo tanto es rejida por la materia, lo mismo que la fuerza magnética del iman y la que el potasio y el oxígeno tienen para combinarse, reside y procede de la materia de estos cuerpos (5). Por eso llamamos á las fuerzas vitales fisico-químicas en su esencia. Otros, por el contrario, suponen en los seres organizados una fuerza que, distinta del alma, manda, preside y dirige todos sus fenómenos, aquella armonía constante que reina en todas las acciones, sus mútuos enlaces y sus dependencias recíprocas, antagonista de las físicas y químicas;

conforma á nuestro dogma. Su permanencia, agregada al cuerpo, sería supérflua y completamente absurda, puesto que para nada habia de servir. Y si alguna influencia se la concede, aun cuando sea con el intermedio de la organizacion material, el materialismo desaparece.

(1) Con la autorizacion que á todos presta el libre uso de su razon; que para discurrir en conformidad á la más sana filosofía no es menester autorizacion de nadie. Dado un materialismo legítimo, en el cual no caben ni Dios ni alma, y tiradas por tierra las más respetables autoridades mundanas; ¿no están muy en su lugar esa interrogacion y esas dos admiraciones? Para esto, la única autorizacion valedera es la de la lógica, y la lógica está de nuestra parte. Ahora si el materialismo no pasa de supuesto, si no es materialismo, en nada le alcanzan las palabras.

(2) La cuestion no está bien presentada en estos términos: la negacion de la fuerza vital, no afecta al dogma, esto es cierto; pero si le afecta la afirmacion de que solo hay en el hombre materia rejida por sus únicas fuerzas. Admitida un alma, dotada de las atribuciones que la sana filosofía y el dogma la otorgan á la par, ya hay más que materia en el hombre, y solo podria sostenerse la doctrina en los otros seres vivos, con los que el dogma nada tiene que ver.

(3) Concediendo todo esto, nos ocurre preguntar: ¿y el número de aparatos, en razon directa de qué cosa está? De la organizacion que ha de tener el ser; ¿no es esto? Pero, ¿quién dá á la materia la inteligencia precisa para formar esos aparatos y producir esa maravillosa organizacion? ¿Cómo forma la materia, por sí sola, los ojos para ver, los oídos para oír, etc., etc.? ¿Qué lejos se halla todo esto de una esplicacion admisible!

(4) Pero tenga presente el Sr. Calmarza que no porque haya querido el Sr. Mata meterse á atomista y admitan algunos sus pensamientos, hemos de creer todos en una doctrina que se nos ofrece sin pruebas de ningún género y hasta sin el apoyo de respetables autoridades. ¿Qué cosa es un átomo? ¿Cómo de esos átomos resultan seres de la misma especie, de la propia raza, con notable parecido físico y moral, con el germen de las mismas dolencias y predisposiciones morbosas?

(5) Pero, señor: ¡si todo esto no es más que pura hipótesis! ¡Demostracion! ¡Demostracion, si se quiere llevar á los ánimos el convencimiento! ¿En dónde buscan todas estas cosas el Sr. Mata y sus secuaces? ¿Quién las ha dicho siquiera, á no ser el Sr. Mata? ¿Y de dónde las ha sacado sino del horno de su fantasia? Ayúdense del método baconiano, prueben lo que dicen; que el día de esa prueba les prometemos la más completa abjuracion, de lo que entonces, y solo entonces, llamaremos nuestros errores.

y escritores ha habido que la han considerado como una cosa distinta del cuerpo y como un ser aparte. Esta es la supuesta fuerza ó principio vital (1).

El verbo crear es producir los seres por sola la voluntad. De ningún modo puede atribuirse á Dios este poder de un modo más enérgico y sublime que lo hizo Moises (a). «Dijo Dios: hágase la luz, y fué hecha la luz.» Así es como representa sucesivamente todas las producciones de Dios. No le cuestan más que una sola palabra. Segun el Salmista, «habló Dios, y todo fué hecho; mandó y todo fué creado.» (b) «Dios mío, dijo por boca de Isaías: He llamado al cielo y la tierra, y se han presentado.» (c) Judit (d) habla lo mismo. «Habeis hablado, Señor, y todo se ha hecho; habeis dado un soplo y todo ha sido creado.» Dios ha hecho de la nada el cielo, la tierra, todo lo que contienen y la raza humana, como enseña la madre de los Macabeos. No solamente es Dios el criador de todo, sino que además gobierna todas las cosas. *Providencia Dei omnia gubernantur* (e). Estas autoridades, en las que tengo la más ciega fé, ¿permitirán dudar al que las estime en algo, que Dios existe y es la causa primera de todo? En cuanto al alma por que se nos pregunta, creo con San Gregorio (f), que Dios crió para el hombre un espíritu, «*qui carne regitur, sed non cum carne moritur*»; y con San Agustín (g) la defino: «*Anima est sustancia creata, invisibilis, incorporea, immortalis, Deo simillima, imaginem habens creatoris sui*» (2).

El cuerpo, como dice Fenelon (h), es menos perfecto que el alma: cuando la muerte rompe los lazos que les unian, las moléculas de aquel se disgregan dando lugar á otros compuestos; pero su materia no es aniquilada: ¿y hemos de querer que lo sea el alma? En este punto no soy partidario de la filosofía epicúrea, y si lo soy de la de los que cita y aprueba Leland (i), que inclina á la creencia de premios y penas futuras; pero que no enseña este dogma como una opinion que hubiese inventado, una produccion de su razon, un descubrimiento de su génio filosófico, sino como una antigua tradicion. Entre estos filósofos puede contarse á Platon, Sócrates y Celso. Aun antes de llegar Cristóbal Colon á América se creía en la inmortalidad del alma, y en que esta despues de la muerte seguia dos caminos segun sus buenas ó malas obras. La idea de premios y penas en la otra vida fué revelada por Dios á nuestros primeros padres; y la Santa Escritura no nos deja dudar sobre su origen divino, como dice Fenelon (j). Sobre el sepulcro de los patriarcas es en donde está mejor grabado el dogma de la inmortalidad del alma (3).

Los egipcios, los cananeos, los caldeos, los persas, los indios, los chinos, los escitas, los celtas, los antiguos bretones, los de las Galias, los griegos y los romanos, y aun los mismos sal-

(1) Nosotros, para reducir la cuestion á sus términos más sencillos, verdaderos y claros, decimos que los seres organizados y vivos se rigen por las propiedades y leyes generales de la materia, y además por otras propiedades y leyes peculiares á los cuerpos que gozan de organizacion y de vida. ¿Se han estudiado, se han distinguido y aislado bien, todas las propiedades de los diferentes seres inorgánicos y orgánicos? ¿Quién se atreve á asegurarlo?

(2) Pues si Dios gobierna á la materia en toda la creacion, y el alma rije á la carne del hombre, ya no hay materialismo: todo es obra de Dios (cuya voluntad no puede sujetarse á reglas ni leyes), y en el hombre de Dios y del alma, emanacion de la misma divinidad. La materia desempeña tan solo el papel que de buen grado la concedemos los partidarios del espiritismo. Admitidos tales principios por nuestro apreciable é instruido compañero, podrá dejar de ser vitalista, pero lejos de ser materialista será *sthaliano*. Sensible nos es tener de ambas maneras que permanecer apartados de tan apreciable persona.

(3) En vista de esta doctrina, nos afirmamos más cada vez en que no hay nada esencialmente más apartado del materialismo, y aun nos atrevemos á decir del Sr. Mata, que el Sr. Calmarza. Parécenos *sthaliano*, y si hubiera de hacerse vitalista, lo sería á la manera de la *Gaceta médica* de París.

(a) Génesis, c. 1, v. 5.

(b) Ps. 148, v. 5.

(c) Id. c. 45, v. 24, c. 48, v. 12.

(d) C. 16, v. 17.

(e) Hier. Super Ezech.

(f) Libro de los diálogos.

(g) Libro de la definicion del alma.

(h) Cartas sobre la Religion.

(i) Nueva demostracion evangélica.

(j) Nueva demostracion evangélica.

vajes, han creído en todo tiempo en la inmortalidad del alma. Platon, Ciceron y muchos filósofos fundaron la idea que tenían de ella, más bien en esta antiquísima tradicion, que en sus demostraciones. El Hijo de Dios anunció la vida eterna para los justos y el fuego eterno para los malos: fundó este dogma, no sobre argumentos filosóficos, sino sobre su palabra, que era la de Dios su padre. Esta es el alma en que yo creo, criada por Dios, no emanada de su sustancia.

¿Por qué los vitalistas ponen sobre el tapete la cuestion del alma en la discusion sobre la fuerza vital? (1) No se concibe sino por asustar á los meticulosos con un argumento *ad terrorem* para que sin exámen reprueben estas ideas, que si bien no son nuevas de un modo absoluto, lo son relativamente á nuestra época y á algunas circunstancias (2). ¿Será porque nuestras teorías se oponen al modo como creen se relaciona el alma con el cuerpo, ó porque no demostramos con razones filosóficas el mecanismo de esta relacion? (3) En esta parte estamos iguales; tanto unos como otros lo ignoramos, y no tengo esperanzas de que lleguemos á conocerlo. En este punto de filosofía médica debemos ocuparnos poco ó nada del alma, por el poco valor que tiene la luz natural para darnos á conocer sus cualidades. «Jamás han podido los filósofos, dice Bergier, demostrar de un modo invencible los dogmas de la espiritualidad del alma, por carecer de las luces de la revelacion». San Justino (a), refiriéndose á la inmortalidad del alma, creacion del hombre y origen del mundo, afirma que el hombre no puede conocer estas verdades con solas las fuerzas de la razon: que es preciso referirnos á la tradicion de nuestros padres, los que no enseñando nada por sí mismos, nos han transmitido la doctrina que recibieron de Dios. Con estas ideas están conformes Descartes y Leland (b), quien se esplica en estos términos: «Como el alma humana no existe por la necesidad de su naturaleza, sino que la continuacion de su existencia depende de la voluntad de Dios, nosotros no podemos estar seguros de su inmortalidad, mas que en tanto que tengamos esta misma seguridad de que Dios quiera que sea inmortal.»

Seamos unos verdaderos creyentes, como se puede ser con y sin la fuerza vital; dejemos este punto que los vitalistas no han debido tocar, evitemos caer en el error de los estoicos y pitagóricos, y discútase si la fuerza vital es ó no fisico-química en su esencia, esto es, si la fuerza por que se nos revela la vida ha de ser considerada como residente en los átomos y como procedente de la materia.

Dios crió la materia y la dotó de actividad fisico-química, dictando leyes naturales, de las que se vale para gobernar el gran mundo, del que es causa primera. ¿Por qué el alma, causa primera también del hombre, no ha de poder gobernar con materia dotada de actividad de la misma esencia? La organizacion es el instrumento del alma; por esto las facultades de esta no se revelan sino por actos materiales (4).

Conforme con esto, dice M. Frayssinous, autoridad tan respetable ante los ojos de la Iglesia católica, respondiendo á Cabanis: «Si se nos dijera que despues de la union del alma con el

(1) Se ha dicho ya antes que la cuestion del alma no se pone en realidad sobre el tapete en la discusion sobre la fuerza vital: se pone para convencer de error al materialismo; para probar que la admision del alma implica contradiccion con la esplicacion material de todos los fenómenos que constituyen la vida del hombre.

(2) Tan lejos se halla esto de la exactitud, que la cuestion no ha sido iniciada por los vitalistas. Al contrario, estos la han rehusado, y todavia rehusan entrar en ella decididamente, reduciéndose por ahora á leves argumentos.

(3) No: es porque el Sr. Mata y sus secuaces niegan al alma toda relacion activa con el cuerpo, toda influencia sobre él; y tienen necesidad de negarla, ó en otro caso caerian irremisiblemente en una síma que les debe asustar: la del *sthalianismo*.

(4) Esta no es la doctrina del Sr. Mata: ¿cómo ha de conceder él que la organizacion es el instrumento del alma? Entonces el alma es autócrata en la naturaleza humana: todo lo domina, sujeta y dirige á la materia, su humilde servidora. Nada más apartado de la doctrina filosófico-médica que combatimos.

(a) Ad grecos cohort.

(b) Nueva demostracion evangélica, parte 5, c. 4.



cuerpo, aquella tiene necesidad del órgano del cerebro para hacer sus operaciones, ya se podría entender este lenguaje. » ¿Hay algo en esta cita ó algún pasaje en la Sagrada Escritura que diga, que el alma no se vale de la materia con fuerzas físico-químicas modificadas por la organización, y sí de la fuerza vital? (1) Creo que no; y si se me convenciera de lo contrario, yo, el primero, retiraría cuanto se opusiera al dogma (2). Pues, ¿por qué alarmar así las conciencias? ¡No parece sino que la palabra *materia* asuste á muchos con solo verla en el diccionario! ¡Como si Dios no hubiera criado en abundancia lo que este término representa! (3) Veamos lo que la Biblia dice sobre la creación del hombre (a): *Deus igitur formavit hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vite; et factus est homo in animam viventem*. Cuando Dios inspiró en el rostro del hombre el soplo de vida, ¿dijo algo en pró ó en contra de estas fuerzas? ¿Hay aquí algo que se oponga á que esta vida se efectúe por fuerzas físico-químicas en su esencia? Seguramente que no (4). Tan solamente es digno del más profundo respeto lo que concierne al dogma; en lo demás, pueden los hombres dividirse impunemente y emitir sus opiniones.

En filosofía podemos y aun debemos estudiar las causas secundarias sin apelar á cada paso á las primeras, que son tan esencialmente diferentes de aquellas, como diferente es el espíritu de la materia, naciendo de aquí la oposición de algún principio: por ejemplo, decimos en filosofía *ex nihilo nihil fit*; y, sin embargo, por la fé creemos y afirmamos que Dios hizo de la nada el universo, lo cual sin la fé parecería un absurdo.

Como la fuerza vital no es más que un sér imaginario inventado para cubrir, á manera de densa cortina, lo que nos es desconocido, no es extraño que se le haya dado tantos colores y córtices como á cada uno ha convenido (5). Así es como se concibe que el Dr. Santero, con Hipócrates afirmara (b), que entre las fuerzas físicas y químicas y la fuerza vital, no hay antagonismo sino un misterioso consorcio. El Sr. Alonso (c), por el contrario, sostiene que entre ellas hay un combate tanto en lo físico como en lo moral (6). El Sr. Cerdó y Oliver (d), que manifiesta tanta erudición como imparcialidad, concibe una materia activa, si bien con diferentes modos de sér

ó existir, lo cual ocasiona que estas diferentes modalidades den lugar á diferentes fenómenos, por cuyo motivo se ha dividido en orgánica é inorgánica. Créese que la actividad de una y otra es la misma en cuanto á su naturaleza, pero que está modificada en la materia organizada por un conjunto de circunstancias que nos es desconocido, pero que sería muy conveniente demostrar, porque influyendo sobre la materia inorgánica la hace pasar á orgánica. A esta actividad modificada de la materia, que se revela por fenómenos distintos de los de la inorgánica, llama el señor Cerdó fuerza ó actividad vital, para distinguirla de la actividad no modificada de los seres inorgánicos. Este modo de considerar la vida, que repugna al Siglo Médico, está muy próximo del nuestro, si es que ambos no son una misma cosa (1). Mucho estimaría la clase médica en general que el Sr. Cerdó continuara su tarea sobre la vida, porque es de esperar que su distinguido talento contribuiría no poco para aclarar algunos puntos.

Nosotros somos los primeros en conceder que la física y la química están aún muy distantes de explicar todo cuanto en el hombre sucede. Mucho más convendría que los vitalistas confesaran de lleno esta ignorancia, que apelar á hipótesis de la fuerza vital (2). En el primer caso, solo un espacio vacío y sin luz separaría á nuestro entendimiento de la verdad; mas en el segundo, además de las tinieblas, se interpone una barrera que, por lo arraigada que se halla, ha de costar no poco trabajo separar (5). No ha procedido de

(1) No podemos dejar pasar esas palabras «que repugna al Siglo Médico», en primer lugar, porque no recordamos tal reprobación. Espliquémonos: si como opina el Sr. Cerdó y Oliver, nuestro apreciable amigo, la actividad de la materia inorgánica se modifica cuando esta adquiere organización, debe ser por unirse, por agregarse otra actividad, otra fuerza especial (debida ó no al conjunto de circunstancias de que habla), cuya fuerza preside á la concepción y formación del nuevo sér y se mantiene hasta la muerte... Y bien, hé ahí lo que llamamos, para darle algún nombre, principio ó fuerza vital. Que no nos embaracen ni embrollen las palabras, difícilmente aplicables á cosas desconocidas en su esencia. No nos atrevemos á emitir aquí ciertas ideas que abrigamos sobre este grave asunto, y que no hemos llevado todavía á completa madurez. ¿Por qué ha de empeñarse la ciencia de los materialistas en reducir su órbita hasta el punto de que no permita la admisión de más leyes que las físico-químicas conocidas hasta el día? No solamente puede haber leyes vitales diversas, según pertenezcan los seres organizados al reino vegetal ó animal, sino en los de un reino mismo, según lo complejo de su organización y otras circunstancias. Quizás no adelantamos más, aun en física y química, por no haberse descubierto ni estudiado en consecuencia leyes ocultas en que se encierran los principales secretos. Halaga mucho á la vanidad el decir: «no hay más que esto; sabemos todo lo que hay;» pero en cambio paraliza y deja á las ciencias estacionarias, si es que no caen en los insondables precipicios á donde las arrastra el error.

(2) Pero ¿por qué ese odio á la hipótesis de la fuerza vital, y esa pasión tan violenta hacia la hipótesis de que todos los fenómenos vitales han de explicarse completamente por medio de las leyes físico-químicas? ¿No son hipótesis ambas? Pues siendo tan hipótesis una doctrina como otra; teniendo el vitalismo á su favor el largo tiempo que impera, y el crecido número de sabios que le han admitido; siendo indisputable que hasta el presente hay necesidad de reconocer que no bastan las leyes físico-químicas para explicar la vida, y ofreciendo menos inconvenientes en medicina la admisión del vitalismo y de la naturaleza mediatriz, ¿por qué no tolerarle siquiera, hasta que con seguridad pueda desecharse, si alguna vez llegare ese caso? Tenemos nosotros por una pretensión poco cuerda la de adelantarse á derribar el edificio vitalista; sin tener más que una presunción muy insegura de explicar física y químicamente la vida. ¿Por qué tanta prisa para destruir y tan poca para edificar? Los adelantamientos hechos en el campo de la fisiología, aunque dignos de grande estima, no son tantos, tan bien comprobados, ni tan importantes, que autoricen á esa grande empresa, solamente intentada por la fantasía del Sr. Mata. ¿Hay algún médico en el extranjero que sostenga decididamente esas mismas opiniones? No en verdad: no hay afortunadamente, y conviene que conste y se entienda, quien abdique el imperio de nuestra ciencia en manos de esas otras, tan solo auxiliares suyas hasta el día, y esto sin que le compren á precio de gloriosas conquistas. Ganen ese imperio los químicos, y entonces les haremos entrega del baston de médicos, para reducirnos á la condición humilde de auxiliares suyos, ó mejor para tomar otro oficio. Pero hasta ahora ningún médico ha profesado tales opiniones en la extensión que se las da, ni aun los químicos se han atrevido más que á manifestar tendencias á absorber la medicina, embutiéndola dentro de la química.

(3) Ningun trabajo costaría: la barrera se hundiría

este modo el conocido escritor Sr. Garófalo (a), aunque es vitalista, en sus artículos sobre hidrología médica. Después de afirmar este respetable profesor que esas dos ciencias (la física y la química), «que tan bellas perspectivas y risueño porvenir ofrecen á nuestra facultad, esas dos ciencias que unas veces van delante de la nuestra alumbrando con sus antorchas nuestro difícil camino, otras al par robusteciendo opiniones, y otras detrás reduciendo á verdades demostradas los misterios que dejamos,» no demuestran cuanto las aguas minerales contienen, por cuyo motivo se piensa muchas veces en virtudes misteriosas, en cualidades ocultas curativas inexplicables por las leyes físico-químicas, ¿ha apelado por ventura á la fuerza vital ó otra hipótesis semejante para tratar de explicarlo? No, ciertamente, y en eso ha estado muy acertado; no tiene completa seguridad en que la física y la química lleguen á dar satisfactoria explicación de estos arcanos, pero confía en que quizá algún día lo conseguirán (1). Si, pues, estas ciencias están prestando á la medicina tal claridad, hasta reducir á demostración lo que antes se tenía por misterioso, como no ha podido ocultarse á la ilustración de este vitalista, con igual derecho esperamos que llegue algún tiempo en que expliquen casi todos, si no todos, los fenómenos morbosos, si se cultivan con el debido esmero y asiduidad (2).

Paracuellos de Giloca 12 de junio de 1859.

Juan Bautista Calmarza.

#### De la base en que debe fundarse la terapéutica (b).

Para que la terapéutica, tanto general como hidrológica, llegue á conseguir el objeto que se propone, ¿deberá ó no fundarse en la experimentación?

Hay en las fértiles y dilatadas praderas de la filosofía médica, una inmensa variedad de hermosas y delicadas flores, cuyo puro y penetrante aroma perfuma los aires y embriaga los sentidos.

De varios puntos de su suelo, tapizado por fresca y menuda yerba, brotan una multitud de cuestiones de tanta magnitud é importancia, de cuyo tan fecundas y trascendentales, que no se estranará que sobre una de ellas me atreva á llamar la atención de la prensa médica española.

Hoy que, con tanto ahínco, se exhuma el oráculo de Cos; hoy que nos apresuramos, después de tantos siglos, á remover la tierra donde fué depositado; hoy

bien pronto por sí misma, si alguna vez la física y la química explicaran por sí solas, y de una manera completa, todos los fenómenos fisiológicos y patológicos del hombre y de los demás seres organizados; si diesen explicación también de la patogenia; si pudieran imprimir al diagnóstico un carácter físico-químico exclusivo, preciso y seguro, y en fin, si alcanzaran á curar las enfermedades con sus agentes propios, privados de toda acción que no fuera física y química, de la manera segura, necesaria y constante con que se efectúan las operaciones físicas ó químicas.

(1) Es cosa muy diferente el hablar de las aguas minerales, manifestando sospechas de que contengan cualidades ocultas, que mal podrían explicarse por causa de esta misma condición, á ventilar la existencia ó inexistencia de las fuerzas vitales. El digno redactor de El Siglo, Sr. Garófalo, ha querido emitir ahí, con mucha discreción, un pensamiento muy profundo, parecido á otro que he dejado antes traslucir. No tiene seguridad de que los efectos curativos de las aguas dependan de sus condiciones físico-químicas; sospecha, y hace bien, que gocen de cualidades desconocidas, efecto quizás de otras leyes físicas, ó químicas, ó vitales, ó como quiera que sean, y muestra la timidez y la desconfianza del médico filósofo, cercado siempre de dudas.

(2) ¡Con igual derecho esperamos!... ¿Y atraídos tan solo por un débil destello de luz, sin más que una ráfaga de esperanza, en asunto tan grave y difícil, nos hemos de pasar al campo materialista, abandonando la obra de tantos siglos, para comenzar á levantar un edificio cuyas bases vemos formadas por la movediza arena de una hipótesis?

No: lo discreto es que estudiemos la vida bajo todos sus aspectos, en el hombre y en los demás seres dotados de ella, utilizando la química y la física, como todos los otros medios que puedan ayudar al descubrimiento de sus misterios. Incurren los apasionados por las doctrinas del Sr. Mata en un error gravísimo, suponiendo que los vitalistas estimamos en poco el estudio de la materia. No es así: queremos llevar hasta el último extremo este estudio; pero sin prescindir por eso de el de las fuerzas vitales. Conozcamos al hombre tal como es: en el conjunto, así en su parte material como en la espiritual.

Mendez Alvaro.

(a) Siglo Médico, núm. 273, p. 117.

(b) Muy á pesar nuestro hemos tenido que retrasar algo la publicación de este nuevo escrito de nuestro amigo el Sr. Cerdó y Oliver.

(a) Génesis, c. 1, v. 26.

(b) Siglo Médico, núm. 269, p. 77.

(c) Idem, núm. 278, p. 135.

(d) Idem, núm. 272, p. 100.



que se le desnuda de su respetable y veneranda túnica, para ver si bajo sus anchos y flotantes pliegues queda solo una triste armazón de huesos o alguna que otra verdad donde encarnándose su espíritu, mantenga viva y robusta la célebre escuela que fundó; hoy que al soplo del libre examen, y a la lenta acción del fuego de la crítica filosófica, se sujetan los principios fundamentales de la medicina secular, para saber a qué atenernos en cuanto a la bondad y fuerza de su temple y a los quilates de su valor; hoy, permitidme también que yo, a mi vez, me ocupe si la terapéutica, para llegar al objeto que se propone, al conocimiento de las indicaciones y al de los medios para llenarlas, se ha de fundar o no en la experimentación.

Después de este, aunque ligero examen, espero que aparezca en nuestro cielo más puro y brillante el sol de Cos, toda vez que logremos disipar los nubarrones que de vez en cuando cruzan el horizonte, siquiera no intercepan, mas que por momentos, su fulgida y esplendorosa luz.

El objeto principal de la medicina ha sido siempre el de curar las enfermedades.

Desde la infancia de las sociedades, hasta nuestros días, a él han dirigido, especialmente, sus continuas y penosas investigaciones, aquellos hombres que, sintiendo arder en su pecho el santo amor en favor de la humanidad, no han perdonado medio alguno; no han evitado ningún sacrificio por costoso que haya sido; ni dejado de exponer una y muchas veces su vida para conseguir tan noble como elevado fin.

El método, tan importante siempre en este trascendental asunto, no ha sido desgraciadamente el mismo en todas las épocas para los verdaderos adelantos de la ciencia.

Si nos remontamos a las primitivas edades; si queremos, auxiliados por la filosofía, alumbrados por esa refulgente luz, seguirla paso a paso, darnos cuenta y razón de cómo empieza, de dónde surge, nos convenceremos una vez, más que de una necesidad particular, si bien pasajera, en que nos constituye accidentalmente nuestro propio organismo.

Hecho este para vivir, ligado estrechamente a los seres que le rodean para conservarse, fácil es comprender que del acuerdo, de la armonía, del equilibrio con estos, dependa el que funcione con regularidad y presente, en su completa evolución, las diferentes fases por que sucesivamente va pasando, las diversas transformaciones que experimenta desde que nace hasta que muere, y que de su desacuerdo y falla de equilibrio resulte una perturbación en sus funciones; es decir, la enfermedad.

El mal estar, el dolor y las incomodidades con que esta le abruma, le obligan a sufrir, a padecer. En vano se queja, en vano lamenta su situación.

Compadecidos los que le rodean, llevan impreso en su rostro el sello de la aflicción. Todos, a la vez, quieren socorrerle; todos se apresuran, y a una muestran los más vehementes deseos de sacarle de tan angustioso estado.

Con este motivo, todos convienen en que es indispensable hacer algo. Pero ¿qué es lo que se va a hacer? Hé aquí a lo que no se contesta; hé aquí lo que nadie sabe. Y en medio de esa profunda ignorancia, de esa completa y absoluta falta de conocimientos, guiados únicamente por el instinto de su propia conservación, que les hace sentir el dolor que siente su semejante y une con invisible y misterioso lazo el hombre al hombre, conduciéndole a manera de columna de fuego, desde el árido desierto de la ignorancia a la bendita tierra de promisión, a la tierra de la Chanaan científica; en medio de su perplejidad, impelidos, a su pesar, por el aumento de los dolores del que sufre, se resuelven, por fin, repugnandoles el papel de simples espectadores, a obrar, a ensayar, a experimentar; y hé aquí cómo empieza la medicina; hé aquí su origen.

La experimentación la engendra; de ella brota, como las flores que embalsaman el aire de los campos brotan de los tallos que las sustentan; como el caudaloso río que fertiliza con sus cristalinas aguas las tierras que atraviesa; brota de la fuente oculta entre escarpados peñascos. Sobre ella descansa, sobre ella se apoya y levanta, firmísimo e indestructible cimiento que le ha dado naturaleza. Porque aquella es, no vacilamos en asegurarlo, la única vía que en el espacio ha trazado el espíritu humano para que, recorriéndola, desarrolle todas sus actividades y adquiera los variados conocimientos que necesita, para conseguir los diferentes objetos que en el tiempo se propone.

Así creemos que se procedería en los primitivos y lejanos tiempos a que nos referimos; ese es el método natural y lógico que se emplearía para llegar a encontrar algún medio útil y eficaz para el alivio de los males; sin él nada provechoso, ni entonces ni ahora, creemos que se hubiera podido encontrar. Y, sin embargo, muy escasos y aun contradictorios serían los resultados que en dichos tiempos se obtuviesen, no por el método adoptado, sino por la mala aplicación que, forzosamente, de él habían de hacer.

No basta que un instrumento sea bueno para que obtengamos el resultado que con él nos proponemos; es además necesario que lo sepamos manejar. No es suficiente poseer un magnífico piano, sólidamente construido, de buenas y aun excelentes voces para producir dulces y variadas armonías; es para ello, además, condición indispensable la de saberlo tocar.

Muy bueno, muy natural y muy lógico, el único de que podían y debían valerse, era el método experimental; pero en el estado de ignorancia en que suponemos a la sociedad, no es extraño que de él no se supiera hacer uso, acertada aplicación.

¿Cómo habían de conocer la constante relación que siempre existe entre el alivio o curación de la dolencia

cia y medio que se emplea, si no sabían distinguir las enfermedades?

En esta época no existía aún formulado como hoy le tenemos; nada menos que la larga serie de siglos que de ella nos separa, era necesaria para que, al través de mil tanteos, de innumerables ensayos, llegara a ser lo que hoy es.

Nosotros lo descubrimos, en miniatura, encerrado en la tosca corteza del instinto; pero sin calor, sin vida, no fecundado por la razón.

El espíritu humano marcha, en esos días de tinieblas, sin reglas, porque aun no ha llegado el tiempo de que las tenga; carece de ellas, se abandona a sus propias fuerzas y se entrega, en sus investigaciones, al orden natural y lógico de sucesión de todas las actividades que constituyen la inteligencia.

No creáis, empero, que este orden sea producto del azar, el efecto de la casualidad; quien en esto se empeñara, daría pruebas de que desconoce el código intelectual.

Este orden natural es el producto de ciertas leyes a que se subordina sin conocerlas, a las cuales se ajusta y sigue en sus trabajos sin saberlo. Cuando estas leyes se formulan, no se habrán inventado, se habrán descubierto, porque ellas existen y forman el dorado lazo que une todos los elementos que componen la constitución intelectual y moral del hombre; representan, en una palabra, el estado a que damos el nombre de razón.

Formularlas con claridad, espresarlas con exactitud para que, en todas nuestras investigaciones, nos dirijan, como luminoso y radiante lucero, al descubrimiento de la verdad, haciéndonos evitar los escollos tan frecuentes del error, ha sido el constante trabajo de todos los siglos.

El osado filósofo de Mileto rompe la corteza del instinto y... se sorprende, queda estasiado; le sucede lo que al apóstol Pablo que, arrebatado al tercer cielo, se deslumbra, no sabe darse cuenta de lo que le pasa, ignora si lo es en cuerpo o en espíritu.

El ojo del virtuoso Sócrates puede ya, aunque solo por un momento, resistir la intensidad de la luz, pronunciar algunas palabras que, aunque vagas, repiten con amor los dulces y blandos ecos de Atenas. El célebre Asclepiade de Cos abre sus brazos, como abre la copa la esbelta palmera para recibir el aura que la ha de fecundar, las recoge, las estudia, se apodera de su espíritu; y, dotado del buen gusto de Fidias, procura, a fuer de artista, como este, darle una forma más armónica, más bella, más verdadera, que mejor lo espese y represente. El fundador del Liceo la perfecciona; si bien, después de ella, se desvía siguiendo opuesto rumbo por no brillar aún con pura y limpia luz, en el vasto horizonte de su inteligencia.

Pero llegan por fin los tiempos de Bacon; y este gigante del pensamiento escala los cielos; roba el fuego con que ha de calentar su mente, y desarrollando la antigua concepción que, en el seno de dorada nube, viene flotando en el océano de los siglos, la formula con precisión y exactitud; le da la última perfección, y escribe, con mano firme y segura, las reglas de la lógica; el código de las leyes de la razón.

No nos admiremos, pues, de que en los tiempos de puro instinto, en que la razón quizá aún no había dado su primer vagido, fuera la experimentación pobre y grosera, escasa y contradictoria en resultados, y que a ella se refieran los que se empeñan en deprimir al empirismo.

Los pocos medios de que por entonces se hace uso, unas veces alivian, otras observan que no producen efecto; y como no saben distinguir las enfermedades, ignoran la causa de esa variedad; no penetran el misterio; no saben darse razón, ni menos explicar la causa de tan opuestos resultados.

Para ellos no hay mas que una enfermedad: estar malo es padecer, y a cuantos sufren y padecen, aplican indistintamente los mismos medios que han ensayado en otros que padecieron.

No es extraño que tanta variedad se observase en los resultados; que ninguna seguridad tuviesen en los medios que empleaban; que todo fuera casual.

Como uno de los términos del problema médico era desconocido, la experimentación, si así puede llamarse, era ciega: así es que no se podían formar las indicaciones; la ciencia no podía empezar.

Por eso nos sorprende en gran manera, que crea Mr. Renouard que los médicos de esta época se conducían, sin saberlo, por un principio que él formula de esta manera: «La medicación que ha curado una enfermedad, debe igualmente curar las enfermedades análogas a la primera.» Sin advertir sin duda dicho autor, que la aplicación de este principio terapéutico presupone conocimientos patológicos que, en la infancia del arte, de ningún modo se podían tener; que en aquellos tiempos no se poseían; porque la ciencia, lo mismo que el hombre, antes de que pueda correr, empieza por andar a gatas.

No se enfade ni arrugue el entrecejo el célebre historiador francés si de él disintimos. Nuestra no es la culpa si, al trasportarse a tan antiquísimos y oscuros tiempos, no sabe o no puede desprenderse de los conocimientos médicos de nuestro siglo, para sorprender a la ciencia en el supremo instante de su primera evolución.

No; en la antigua época a que nos referimos, uno de los dos términos del problema médico era desconocido; las enfermedades confundidas; la experimentación, por consiguiente, infructuosa, de tanteo, falaz, como decía Hipócrates; incapaz de dar a conocer las virtudes curativas de los medios que se empleaban; era, por consiguiente, necesario ilustrarla, si había de ser útil y provechosa, si había de servir de sólida y firme base

para más tarde levantar sobre ella el hermoso e imponente edificio de la medicina; era indispensable, en una palabra, dedicarse al estudio del otro extremo del problema: al conocimiento de las enfermedades.

Así hubo sin duda de comprenderse después, y desde este momento se la impulsa por esta ancha y luminosa vía.

No esperéis que la siga paso a paso en las sucesivas y diferentes fases que recorre en su triunfal carrera, siempre de progreso y perfección. No es mi ánimo hacer un trabajo de esta naturaleza, ni menos lo necesito para mi objeto.

Basta que os recuerde que, cultivada con esmero por los primeros filósofos, no fue otra cosa más que un verdadero y fiel reflejo de las doctrinas que profesaban; y que ocupados en el trascendental estudio de la esencia de las cosas, se empeñan en penetrar el misterio de la naturaleza de la enfermedad; empresa difícil que, por más que en todas épocas se haya seguido con tenaz empeño, no ha dado ningún resultado; ni hecho más que desviar la medicina de su verdadero derrotero, de la observación, para lanzarla en las nebulosas regiones de la hipótesis.

A los modernos estudios anatómicos y fisiológicos, seguidos con constancia y asiduidad; es deudora la patología del grado de perfección y exactitud que en estos últimos tiempos ha alcanzado. Gracias a estos adelantos, no vacilamos en afirmar que el diagnóstico toca a la perfección, que hemos llegado a los tiempos en que se ha realizado el primer término del gran problema médico formalmente expresado por el grande Hipócrates: «*qui ad cognoscendum sufficit medicus, ad sanandum etiam sufficit.*»

Para curar, para experimentar, y, por consiguiente, adquirir conocimientos acerca de la eficacia de los medios que empleáis para conseguir la curación de las enfermedades, objeto final de la medicina práctica, es indispensable conocer la enfermedad; es necesario que la patología venga a ilustrar la experimentación; es necesario que para experimentar los efectos de un medio, conozcamos de antemano el objeto sobre que va a ejercer su acción.

Antes que la terapéutica hay que fundar el diagnóstico: sin este es imposible aquella, como ya tenemos dicho.

Y no se crea que es porque pretendemos que esta deba ser una consecuencia, una emanación de la idea que nos hayamos formado de la naturaleza de la enfermedad. Nada más lejos de nosotros: sino que, para curar, para experimentar, queremos que se sepa distinguir una enfermedad de otra, conocer el sitio y naturaleza de cada una; no esa naturaleza que consiste en la modificación orgánica, o acción molecular, causa próxima de los fenómenos morbosos, tras de la cual es una ilusión correr, como ya enseñaba allá en Alejandria la escuela empirico-racional. Querer esto, fuera empeñarse en retroceder a los primeros tiempos filosóficos de la antigua Grecia, de los que tantos siglos nos separan.

Al hablar de la naturaleza de la enfermedad, nos atenemos únicamente a lo que tiene de perceptible, de objetivo, de fenomenal; a sus caracteres. Así es que los grupos de síntomas que vemos constantemente ligados entre sí; que se presentan con cierto orden de sucesión; que ofrecen una terminación constante, y se ligan a lesiones anatómicas habitualmente idénticas, forman para nosotros una entidad patológica de distinta naturaleza de otra cualquiera que no presente los mismos caracteres, por la sencilla razón de que, siendo distintos los efectos, deben serlo las causas que los producen; y hé aquí cómo de la diferencia de lo perceptible, deducimos la diferencia de lo imperceptible.

Así comprendido el diagnóstico; así considerado el primer término del problema, de conocer y distinguir el sitio y naturaleza de una enfermedad, podemos proceder sin reparo, por medio del método experimental, al conocimiento del segundo: al de los medios que, en casos y circunstancias dadas, producen la curación, observando con minuciosidad la influencia que ejercen sobre la duración y terminación de aquella.

Ilustrada de este modo la experimentación, dirigida y guiada por la brillante luz de la patología, podremos sobre ella levantar la terapéutica, bella y hermosa cúpula del edificio científico.

Rafael Cerdó y Oliver.

(Se continuará.)

#### Examen de las conclusiones con que el Dr. Mata dió fin a su postrer discurso en la Real Academia de Medicina de Madrid.

En uno de los anteriores números ofrecimos publicar, cuando la excesiva abundancia de original lo permitiera, el amplio y concluyente examen que en su discurso ha hecho el Dr. MENDEZ ALVARO de las conclusiones, a ruego suyo presentadas por el señor MATA en la Academia de Medicina. Hoy comenzamos a cumplir nuestra oferta, y no sentimos poco en verdad tener que dividir una réplica, a nuestro juicio tan victoriosa. Tenemos la presunción de esperar que algunos enmendarán en su vista el juicio que formaran ligeros, deslumbrados por las seductoras proposiciones del digno catedrático de medicina legal. Fuera toda fascinación, y no admitan los médicos, incautos y sin maduro examen, pensamientos que no dominan en la ciencia, tan solo porque se los presentan bella aunque sofísticamente formulados.

Hé aquí este fragmento importante del discurso del Sr. MENDEZ ALVARO:



«Accediendo el ilustrado académico (el Sr. Mata) al ruego que yo le hice en una de las sesiones anteriores (por cuya atención le doy muy complacido las gracias) leyó, para terminar su último discurso, unas conclusiones en que aparecen resumidas las principales ideas que, con tan notable vigor y locución tan fácil y galana, acaba de emitir en el seno de esta sabia corporación.

No eran en verdad las conclusiones que ha presentado las que yo con ardor deseaba: como que natural y sencillamente se desprenden de sus discursos, hubiera podido al cabo formularlas por mi mismo, con más ó menos rigor, en caso de necesidad. Buscaba proposiciones terminantes y precisas respecto á la doctrina médica que el Dr. Mata profesa; y esperaba, por lo tanto, descubrir en ellas las principales bases, los fundamentos sobre que intenta alzarse el neo-quimismo, en contraposición á la medicina actual, fundada sobre el vitalismo.

Defraudadas, empero, las esperanzas que concebiera, y consistiendo las conclusiones á que hago referencia en un resumen de las doctrinas vertidas durante el curso de este prolongado debate, resulta que en todo rigor no había yo menester examinarlas y rebatirlas; por cuanto quedan ya todas ellas suficientemente criticadas en mi discurso. Mas considerando sin embargo pertinente, bajo algún aspecto, un nuevo examen analítico, que sirva como de recapitulación, voy á entrar en él, siquiera tenga que incurrir en nuevas pero forzosas repeticiones.

Por su orden iré copiando las conclusiones del digno catedrático de medicina legal, y daré en pos de cada una la conveniente respuesta.

1.<sup>a</sup> «La veneración á Hipócrates ha sido, y es todavía exagerada con visos de idolatría.»

No es cierto de una manera absoluta, ni mucho menos, lo que en esta conclusión se afirma; por cuanto sabios numerosos se han guardado de rendir, y más aun de exagerar, veneración alguna á Hipócrates; y porque otros muchos han combatido sus errores y los de su época, sin dejar por eso de venerar ó mejor dicho de apreciar sus verdades. De donde resulta, que la anterior tesis, para no prescindir de ningún extremo y ajustarse con rigor á la verdad histórica, debería decir:

«Hombres ha habido que han venerado exageradamente á Hipócrates, y aun algunos de ellos con visos de idolatría.»

Además: para calificar de exagerado el respeto que han guardado algunos á Hipócrates, era de esencia que el Sr. Mata hubiese fijado con precisión el término justo absoluto de este respeto, cosa que en verdad no ha hecho. Luego la 1.<sup>a</sup> conclusión que presenta, es gratuita; carece de fundamento sólido en que apoyarse, y bajo tal punto de vista se debería formular de esta suerte:

«En tal y tal cosa consiste el mérito positivo de Hipócrates: es así que algunos médicos han creído que consiste en esto, mas en esto y esto otro; luego esos médicos han exagerado el respeto debido á Hipócrates, algunos con visos de idolatría.»

Por otra parte, al sentar su tesis el Dr. Mata, no ha hecho mas que emitir un pensamiento sin pruebas. Tócale acreditar lo que dice, como á mi probar lo que sostengo; pero dadas y admitidas ambas pruebas, siempre resultará:

Que la conclusión 1.<sup>a</sup> del digno académico, haciendo general lo que es particular, no se ajusta ni á la verdad histórica, ni á una sana lógica;

Que es injusta, como que hace extensiva su censura á muchos hombres que no la han merecido;

Que carece, en fin, de fundamento filosófico que la sirva de punto de partida para calificar de exagerado un juicio que puede y no puede serlo; que puede serlo mucho ó poco; que puede ó no puede rayar en idolatría.

Reducida de esta suerte la conclusión á sus justos límites históricos, y corregida en sus fundamentos filosóficos, queda tornada en una fórmula insignificante, indigna en realidad de los honores de la discusión: en cuya fórmula se manifiesta que con respecto á Hipócrates, como con respecto á todos los hombres célebres de todos los ramos del saber, ha habido, hay y habrá entusiastas que les rindan exagerada veneración, con visos de idolatría; de la misma manera que el Dr. Mata venera á Bacon y á la hipótesis filosófica materialista, y es venerado á su vez por varios de sus discípulos, y por otros que no siéndolo, se dejan arrastrar no obstante por su verbosidad ó su doctrina.

Respecto á la oportunidad de semejante conclusión, siendo así que ni antes ni después del discurso del señor Mata ha incurrido ahora nadie en el exceso que censura, resultan completamente falsas las siguientes palabras con que termina: «y es todavía exagerada, con visos de idolatría.»

2.<sup>a</sup> «La importancia científica de Hipócrates es relativa; gran figura en las olimpiadas, figura vulgar en nuestros tiempos.»

Por una fatalidad tengo la primera parte de esta conclusión. La importancia científica de Hipócrates no se diferencia de la de cualquier otro hombre: siempre es relativa á la importancia científica de sus contemporáneos, antecesores y sucesores. Le sucede á Hipócrates lo que á todos los mortales, y nada más.

Hay que atender, sin embargo, á que existe para los hombres una importancia científica absoluta, debida á las verdades que han descubierto; por cuya razón, habiendo Hipócrates descubierto varias, y de mucho precio en medicina, es ciertamente acreedor á una importancia absoluta, así en las olimpiadas como en nuestros tiempos.

Todavía más: las verdades médicas descubiertas por Hipócrates en las olimpiadas, se han visto confirmadas en los siglos siguientes, hasta nuestros días: luego tales verdades aumentan progresivamente su valor en razón de este hecho histórico, y debe formularse la proposición de este modo, si ha de quedar ajustada á tan sólidos principios:

«La importancia científica de Hipócrates, absoluta y relativa, fué grande en las olimpiadas (conformidad con el Dr. Mata que le cree «gran figura» en aquella época).»

«Su importancia relativamente á los grandes hombres de nuestros tiempos, es menor, por causa del natural progreso de las ciencias. (Conformidad con el mismo Dr. Mata, aunque nunca diré yo que Hipócrates sea, ni aun bajo este aspecto, una «figura vulgar».)»

«La importancia absoluta de Hipócrates, grande en las olimpiadas, es, por las razones espuestas, mucho mayor en nuestros tiempos.»

3.<sup>a</sup>

«Hipócrates debe ser considerado como el Alberto Haller de las olimpiadas; como el representante de la medicina oriental y griega antigua; como un «pasado, no como un presente; menos como un porvenir.»

«Hipócrates debe ser considerado como el Alberto Haller de las olimpiadas... Concedido, siempre que á su vez me conceda el Sr. Mata que añadió mucho, debido á su propia observación y á su claro talento.

«Como representante de la medicina oriental y griega antigua... Pase también; pero con el aditamento anterior.

«Como un pasado... Concedido, por cuanto muchas de las cosas que coleccionó, lo mismo que Haller, y alguna de su propia ciencia, han pasado ya.

«No como un presente... Esto sí que dista mucho de la verdad. Lo bueno de Hipócrates; las magníficas verdades que consignara en sus obras, propias y ajenas, verdades eternas son que ni han destruido los siglos, ni ha querido tocar de veras el Sr. Mata, acaso por el temor de tenerlas que dejar al cabo intactas. Las verdades que los sabios descubren, son á la par un presente y un punto de partida para el porvenir. No se da la ciencia, ni es, sin esta condición. ¿Qué fuera una ciencia que solamente tuviera pasado? Hay, por otra parte, motivos de sobra para creer que las verdades hipocráticas formarán tanto más un porvenir, aparte de este aspecto superior y general, cuanto más fundamento existe para creer que marcha en el día estraviada la ciencia, y que por lo tanto conviene retroceder algo para tomar el buen camino que ha debido seguir constantemente, y dejó ya trazado.

4.<sup>a</sup> «La restauración hipocrática que hoy se intenta, es una máscara con que se quiere dar prestigio al nuevo sthalianismo, debido á una reacción filosófica á favor del espiritualismo escolástico, el cual á su vez se debe á la reacción política neo-católica.»

Bien comprenderá el Dr. Mata que habría necesidad de escribir un más que mediano tomo, para poner en punto de verdad toda la doctrina que esta conclusión envuelve; y también debe comprender que sería excesivamente ocioso para la ciencia, el acometer empresa semejante.

Pero lo que sin duda no comprende es la incongruencia, sobre la falsedad, de la última parte de su conclusión, y el grave insulto que en ella infiere á la nobilísima, libérrima é independiente ciencia que profesa; no solo parangonándola con una fracción política, por buena que allá en su terreno pueda ser, si no es haciéndola esclava de una mira tan estraña, en lugar de subordinarla con toda esclusión al deseo laudabilísimo de aliviar á la humanidad afligida por las enfermedades.

No Dr. Mata, no: por fortuna para la humanidad, para la ciencia y para los que consagramos nuestra vida á su cultivo, proposición semejante no es otra cosa que un producto de su fantasía, encendida por el fuego de la política, y estraviada tal vez por una idea política también. No ha desvirtuado el ilustrado académico su pensamiento mismo de suponer á la reacción hipocrática bajo la dependencia de una reacción política, con añadir los intermediarios del sthalianismo, de la reacción filosófica y del espiritualismo escolástico, toda vez que concluye afirmando que todo depende de la mencionada reacción política. No, Dr. Mata: la medicina es una planta que crece y prospera como en un invernáculo junto al triste lecho del dolor; que en otro terreno, por abonado que sea, y fuera de aquel sitio, languidece, se marchita y se seca. No, Dr. Mata: la medicina no adelanta, no retrocede, ni tuerce su camino con otro pensamiento, con otra mira que los de restituir al hombre la salud que ha perdido ó asegurarle la que disfruta; y bien conoce tan discreto compañero que ni la medicina ni el médico necesitan disfraz. Aparte el digno académico de nuestra noble ciencia esa máscara horrible con que intenta cubrirla; deje que todo el mundo admire su hermoso, aunque severo y entristecido rostro, y fije, en fin, para siempre en su mente que jamás puede consentir la ciencia médica en verse subyugada por la tiranía caprichosa y tornadiza de la política. Ya he dicho á este propósito lo suficiente para contrariar la estraña aprensión de mi amigo el Sr. Mata en otro lugar de este discurso.

5.<sup>a</sup>

«Hipócrates no ha sido jefe ni prohombre de ninguna escuela filosófica, ni inventor de ninguna concepción en filosofía.»

Bien ampliamente dilucidado queda este punto en el correspondiente sitio, y ociosa es por lo tanto su repeti-

ción. Hipócrates se propuso tan solo ser buen médico, y esto es en verdad lo que nos importa, y este es asimismo el motivo por que le otorgamos respeto y consideración. Tampoco fué Sócrates jefe ni prohombre de ninguna escuela médica, ni inventor de concepción alguna en medicina; como que solamente se propuso ser filósofo, y lo consiguió. Esta comparación revela cuánta inutilidad hay en la conclusión que me ocupa, considerada de un modo general. Mas como se halla enlazada con las dos que siguen, por cierto igualmente fútiles, en las cuales se concreta el autor á un punto, me detendré más en ellas.

6.<sup>a</sup> «Hipócrates no ha inventado ni perfeccionado el método á posteriori de la observación ilustrada con el raciocinio.»

7.<sup>a</sup> «Hipócrates no ha sido ni el primero ni el último que ha aplicado el método á posteriori á la medicina.»

Repetidamente, y con sobrada amplitud, he dicho que en efecto no tengo á Hipócrates por inventor del método á posteriori; como que abrigó el más profundo convencimiento de que fué inventado este método por el primer hombre que pensó. Pero es lo cierto, que solo referencias y congeluras tenemos tocante á la prioridad en punto á su aplicación respecto á los sabios que precedieron á Hipócrates. La primera obra en que terminantemente se dá á conocer, pertenece al gran médico de Cos, y esto, que es indisputable, habla muy en su abono.

Claro es, no obstante, que exigiendo este método el estudio de la medicina, y siendo la ciencia tan antigua como el hombre, no pudo ser Hipócrates el primero que le siguió. Mas solo por congeluras puede defenderse, después de todo, esta tesis, aun habiendo en cuenta la declaración que el mismo Hipócrates hizo de haber encontrado un método establecido en medicina, puesto que no dice cuál fuera esta; mientras que podría defenderse con facilidad la contraria, examinando qué libros la han consignado primero, cuyos libros pertenecen, sin disputa, á Hipócrates de Cos.

8.<sup>a</sup> «Hipócrates no se sirvió del método á posteriori, significando sus verdaderas reglas, ni tuvo de ellas conocimiento.»

¿Quién le ha contado todas estas cosas al Sr. Mata? Advierta que un método filosófico, si es método, ha de ser por necesidad verdadero, y bueno para investigar el orden de verdades correspondientes; y advierta asimismo, que las reglas que encierre han de ser necesariamente verdaderas y buenas; porque en realidad estas reglas son el método mismo. Yo no concibo siquiera, ni creo que conciba nadie, que pueda seguirse un método filosófico con reglas distintas, ni prescindiendo de sus más esenciales y verdaderas reglas: sin ellas no habría método; y sin que fueran las verdaderas, el método no merecería este nombre, no sería método en realidad. Luego envuelve un craso error la conclusión 8.<sup>a</sup> del Sr. Mata; pues confesando que Hipócrates se sirvió del método á posteriori, como es indisputable, debe también confesar á fortiori que siguió sus verdaderas reglas, teniendo al efecto conocimiento de ellas. No estarían, si así lo quiere, escritas; no estarían formuladas, como más adelante las formuló Bacon; pero su existencia es innegable.

9.<sup>a</sup> «Las obras de Hipócrates no son el producto de su propia observación, ni todo lo que contienen se debe á una observación hecha con las debidas reglas.»

La primera parte de la conclusión precedente, ni aun merece los honores de la refutación. Si las obras de Hipócrates no se han leído ni meditado, es esta una aseveración temeraria; y si se han leído y meditado, debe asegurarse, muy al contrario, que hay en ellas productos de la propia observación de este personaje médico. A esta primera parte de la conclusión 9.<sup>a</sup> del Dr. Mata, pudiera muy bien contestarse diciendo: «lea otra vez las obras de Hipócrates.»

En cuanto á la parte segunda de la conclusión, concebida en los siguientes términos: «ni todo lo que contienen se debe á una observación hecha con las debidas reglas,» ocurrenseme varias dificultades antes de dar respuesta, á saber: ¿se refieren esas debidas reglas á la calidad ó al número de las reglas mismas? Si á lo primero, la observación no se concibe, porque está no lo es sino en tanto que se hace con las reglas debidas. No hay, pues, observación verdadera y falsa, por cuanto esta última no es observación. Si lo segundo, la observación hipocrática resultaría incompleta, insuficiente; pero de ninguna de las maneras mala ni falsa.

¿A dónde iríamos á parar admitiendo semejante doctrina? ¿Qué habríamos de pensar del producto de la observación de nuestros antepasados en todas las ciencias, hasta que apareció el famoso canciller de Inglaterra, si no se hubiera hecho hasta entonces esta operación con las debidas reglas por causa de no ser todavía conocidas? No juzgo precisos más comentarios sobre este punto; pero si me será permitido notar que falta al Dr. Mata probar lo que dice.

10.<sup>a</sup> «Es falso que Hipócrates diera á la medicina carácter filosófico, y más aún que la separó de la falsa filosofía.»

11.<sup>a</sup> «Hipócrates no fué exclusivamente práctico, fué hipotético, teórico y sistemático.»

Estas dos conclusiones son inseparables, por más que, de puro contradictorias en algún punto, bramen al



verse juntas. ¿Qué cosa son las hipótesis, las teorías y los sistemas que el Dr. Mata descubre en Hipócrates, unidos a un método (*el à posteriori*) que poco antes le ha concedido, sino una máquina filosófica completa? ¿Qué es la filosofía, con aplicación a una ciencia, sino un método ayudado de las hipótesis, teorías y sistemas para averiguar la verdad? Pues siendo así, ¿cómo sienta en la conclusión 10.<sup>a</sup> que «es falso que Hipócrates diera a la medicina carácter filosófico»? Luego la primera parte de la conclusión 10.<sup>a</sup> queda convierta de error por el contenido de la 11.<sup>a</sup>, ó esta lo queda en su totalidad, por el contenido de parte de aquella.

Pero dice, además, el Dr. Mata en la primera de estas conclusiones, que es falso separase Hipócrates la medicina de la falsa filosofía; lo cual requiere alguna objeción, si bien queda ya tratado en otro lugar el asunto.

Que Hipócrates *quiso* hacer este servicio a la ciencia, es indudable, y el Sr. Mata habrá leído el pasaje de sus obras en que claramente lo significa. Que Hipócrates lo consiguió, tampoco admite para mí duda. Voy a explicarme. Consideraba Hipócrates, y yo considero con él, que es mala y falsa en medicina toda filosofía, por alguno de estos dos motivos, juntos ó separados: 1.<sup>o</sup> por querer fundar la ciencia sobre estudios y observaciones que se hallan fuera del campo de la observación clínica; y 2.<sup>o</sup> por considerar la materia de aquella al través de un solo prisma filosófico; esto es, reputando los fenómenos que estudia como seguidos y dependientes de un solo modo de ser y de considerar la naturaleza. Por lo que hace a lo primero, es indudable, y consignado se halla en las obras de Hipócrates, que no consideraba buena medicina alguna que no estuviese fundada sobre la base de la observación de los fenómenos que la pertenecen, lo cual realizó en los más famosos de sus libros. Y por lo que toca al segundo, no hay duda que apostrofaba con dureza a los que explicaban las enfermedades y sus curaciones por las exclusivas hipótesis de lo calido, lo frio, lo seco y lo húmedo, etc. Luego habiendo sido Hipócrates el primero a conocer estos capitales defectos de su medicina contemporánea, y a procurar apartarse de ellos, lo que consignó por escrito antes que otro alguno, acreedor es sin disputa a que se le considere como el primer médico que *quiso* separar y que de hecho separó la medicina de la falsa filosofía; señalando para siempre sus legítimas bases, los fundamentos cardinales de su filosofía propia. Luego la proposición 10.<sup>a</sup>, es radicalmente falsa, resultando como verdadera la siguiente:

«Hipócrates dió a la medicina carácter filosófico y la separó de la falsa filosofía.»

Que no fué exclusivamente práctico, como se asegura en la conclusión 11.<sup>a</sup>, es indisputable, y también que tuvo algo de hipotético, que fué teórico y sistemático, calidades todas que hemos reconocido en otro lugar de este discurso, y que además han tenido, tienen y tendrán todos los médicos del mundo.

Mendez Alvaro.  
(Se concluirá.)

## PRENSA MEDICA.

### TERAPÉUTICA.

**Iodoformo: uso de esta sustancia como agente anestésico.**

La acción anestésica local del iodoformo (dice la *Gazette hebdomadaire*) ha sido indicada en varias ocasiones en estos últimos tiempos, y con motivo de algunos trabajos publicados sobre este asunto (*Bulletin de thérapeutique*, enero de 1887, y *Union médicale*, octubre de 1887), ha procurado averiguar el Sr. FRAUCHO si podría emplearse dicho agente en inhalaciones. Sabido es que el iodoformo no es, como el cloroformo, un líquido que se evapora a una baja temperatura; no se funde sino a los 113 grados, y se sublima a una temperatura algo más elevada; y aun cuando deja desprender algunos vapores a la temperatura habitual del aire, como ya lo prueba su olor azafrañado, no se esperaba que se dejaran sentir efectos muy notables después de las inhalaciones practicadas en tales circunstancias. Los resultados anunciados por el Sr. FRAUCHO son pues a propósito para sorprendernos; pero como sería un escepticismo algo exorbitante ponerlos en duda, los resumiremos en pocas palabras.

El aparato empleado por el autor, consiste en un frasco que contiene una esponja espolvoreada de iodoformo, y provisto de dos aberturas: a una de estas se adapta un manguito destinado a aplicarse a la boca; a la otra un tubo del diámetro de la tráquea, el cual da paso al aire. Dos gramos ( $\frac{1}{2}$  dracma) de iodoformo bastan por lo general en los animales para producir la anestesia en minuto y medio ó dos minutos.

Los fenómenos que revelan la acción del iodoformo pueden dividirse en dos períodos, análogos a los que se han establecido para la mayor parte de los agentes anestésicos: en el primero agitación, contracturas, aceleración de la respiración y de la circulación; en el segundo calma, relajación de los músculos, respiración algo más lenta pero nunca estertorosa, ningún trastorno en la circulación, anestesia completa, que dura cuatro ó cinco minutos después de la interrupción de las inhalaciones; luego restitución pronta al estado normal.

El Sr. FRAUCHO no ha administrado tales inhalaciones mas que a los animales. Respecto a saber si se obtendrían resultados análogos en el hombre, nos hallamos tanto más dispuestos a permanecer en la duda, cuanto que los tres experimentos referidos detalladamente por el autor han sido hechos en animales muy pequeños, como una polla, un pichón y un conejo; y conocida es por otra parte la

excesiva sensibilidad de los conejos para las sustancias anestésicas.

### Mentagra: fórmula contra esta enfermedad.

El Dr. DUPREZ, médico de regimiento en Gante, ha publicado en los *Archives belges de médecine militaire*, las observaciones de dos enfermos afectados de mentagra, en quienes esta dermatose de forma pustulosa desapareció en un espacio de tiempo, relativamente muy corto, bajo la influencia del tratamiento establecido por el Dr. RICHARD de Soissons.

Este tratamiento consiste en el uso de los medios generales ordinarios, sometiendo después la parte, libre ya de las costras que la cubren, a frecuentes lociones hechas con la disolución siguiente:

Sulfato de zinc... 16 gram. ( $\frac{1}{2}$  onza.)  
Id. de cobre... 5 — (90 granos.)  
Agua destilada... 500 — (1 libra.)  
Id. de laurel cerezo. 15 gram. ( $\frac{1}{2}$  onza próximamente.)  
H. s. a.

### Pleurisia seguida de derrame: fórmula eficaz contra este último accidente.

En el *Journal de médecine et de chirurgie pratiques* leemos sobre este asunto las siguientes líneas:

Una de nuestras clientes, afectada de derrame pleurítico, conservaba una notable cantidad de líquido a pesar de la aplicación de varios vejigatorios y el uso de las preparaciones de digital. Por consejo del Sr. BLACHE recurrimos en esta enferma a la poción siguiente, cuyo efecto fué muy satisfactorio:

Acetato de potasa... a 4 gramos (1 dracma.)  
Azoato de potasa... id. (3 onzas)  
Agua destilada... 150 id. (5 onzas)  
Jarabe de las cinco raíces... 50 id. (onza y media próximamente.)  
H. s. a.

Esta poción es la que FOURQUER empleaba de preferencia en los casos de sufusión serosa, y el Sr. BLACHE, al prescribirla, a imitación de este venerable maestro, no ha tenido motivo para otra cosa, dice, que para congratularse siempre que ha querido producir una diuresis abundante.

### CIRUJIA.

#### Empalamiento del torax.

Bajo este epígrafe ha publicado el *Bulletino delle scienze mediche di Bologna* la curiosa observación siguiente, recogida por el profesor ANDRÉ RANZI, y comunicada a la Academia de Medicina de Florencia:

Un joven de 13 años se cayó de una escalera en construcción en tales términos, que quedó empalado en una barra de balcon. Esta barra de hierro había penetrado posteriormente entre la octava y novena costilla del lado derecho, y siguiendo un trayecto oblicuo de abajo arriba y de atrás adelante, fué a salir anteriormente por el sitio correspondiente a la cuarta y quinta costilla del lado izquierdo: la octava costilla derecha y la cuarta izquierda se habían fracturado, la una en el punto de entrada y la otra en el punto de salida de la barra de hierro. La auscultación permitía oír en todas partes el ruido respiratorio, y la percusión, aunque no podía practicarse sino de una manera incompleta, no daba, sin embargo, señal alguna de derrame sanguíneo; tampoco existía hemorragia externa por las heridas. Los únicos síntomas observados consistían en una ortopnea intensa, así como en un ruido particular isócrono con los latidos del corazón, que el Dr. RANZI no sabía definir ni comparar a ninguno de los ruidos conocidos: dicho ruido, seco y franco, fué comparado por alguno de los que también observaron al herido, al que hace una hoja de papel vivamente agitada, y por otros al ruido producido por la separación de dos superficies adherentes y aglutinadas.

El pronóstico de una lesión de este género no podía menos de ser evidentemente grave. El tratamiento se limitó a dejar al herido en la posición decúbito-lateral derecha y ligeramente inclinado hacia la izquierda. En cuanto a las heridas, la de entrada ó posterior estaba lacerada, contusa, y aunque los tejidos se hallaban dispuestos a la reunión, el Sr. RANZI no se cuidó de provocarla, porque consideraba dicha abertura como una vía abierta a las materias en los casos de derrame ó de supuración; la herida anterior fué la única que se reunió por primera intención a beneficio de pinzas finas (serres fines), modo de sutura a que se prestaba por sus bordes regulares y limpiamente cortados. En la primera noche el ruido particular arriba mencionado disminuyó, y al día siguiente por la mañana había desaparecido, de lo cual dedujo el Sr. RANZI que la introducción del aire que había tenido lugar por la herida anterior, había contribuido a la producción de dicho ruido. Sujetóse al herido a un reposo y a un silencio absolutos, la reacción febril duró dos ó tres días, y desde el cuarto en adelante el enfermo fué mejorando hasta el quince, en que pudo considerarse como curado, contra todas las previsiones.

En virtud de los síntomas que el herido presentó, el Sr. RANZI se creó autorizado para decir que en este caso no hubo lesión del pulmón, pero que el pericardio pudo ser herido, como parece probarlo el ruido especial arriba descrito y la penetración diagonal de la barra, que debía haber perforado el mediastino y por consecuencia casi inevitablemente el pericardio: opinión que el autor ha confirmado con varios experimentos hechos en los cadáveres.

De este hecho deduce el Sr. RANZI las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Que esta observación es única, en su concepto al menos, en los fastos de la cirugía; pues si bien es cierto que existen dos hechos análogos, cuyo recuerdo

se conserva en el gabinete de Hunter, en estos dos casos los objetos ó cuerpos perforantes, que consistían en una lanza de coche y en un mástil de navio, habían penetrado por la parte anterior del torax.

2.<sup>a</sup> Que en la paracentesis del torax y del pericardio, la herida de la pleura y del pericardio presenta otras condiciones que la hacen mucho más grave, puesto que en el caso de que se trata la lesión de la pleura en cuatro puntos y la del pericardio (probable al menos) en dos puntos, no fué seguida de accidente alguno desagradable.

3.<sup>a</sup> Que la penetración tan temida del zinc en el torax no es grave, sino cuando coincide con otras condiciones patológicas de los órganos en ella contenidos.

4.<sup>a</sup> Que es muy difícil juzgar de la gravedad de las heridas en virtud de las regiones en que tienen asiento; en efecto, la curación más rápida se ha obtenido en este caso después de una lesión que debería haberse considerado como excesivamente grave.

5.<sup>a</sup> Que la barra de hierro que había debido considerarse como causa de la muerte del sujeto, en este caso, por el contrario, le salvó la vida, conteniéndole en la precipitada caída.

—Efectivamente, esta curiosa observación es una buena prueba de la prudencia con que debe proceder el cirujano al pronosticar en los casos de heridas, por graves que estas a primera vista parezcan. La naturaleza tiene recursos poderosos que solo la práctica enseña a conocer perfectamente.

### QUIMICA ORGÁNICA.

#### Inosita reemplazando al azúcar en las orinas de un diabético.

Examinando las orinas de un diabético, el Sr. HONL encontró en ellas desde luego todos los caracteres que presentan habitualmente en los sujetos afectados de diabetes sacarina. Su densidad era de 1,036, su olor era repugnante, dulzaino, no urinoso, y contenía cierta cantidad (no indicada) de glucosa animal. La proporción del azúcar iba disminuyendo poco a poco; la urea, en vez de hacerse más abundante, disminuía casi en la misma proporción, al paso que la cantidad de las orinas aumentaba notablemente. El estado general del enfermo iba además de esto agravándose. Acordándose entonces el Sr. HONL de que, según el Sr. CLOETTA, la orina albuminúrica contiene algunas veces inosita, buscó este cuerpo en el líquido sometido a su examen, y encontró que se manifestaba en él en proporción creciente é inversa de la de la urea y del azúcar. Finalmente, el azúcar había desaparecido, la urea no aparecía sino en cantidad mínima, y el Sr. HONL pudo obtener de 18 a 20 gramos de inosita de las orinas espesadas en las veinticuatro horas. Los análisis, que se hacían cada tres días, fueron desgraciadamente interrumpidos en dicha época.

El Sr. HONL hizo algunos experimentos para asegurarse de si el azúcar diabético (ó azúcar de uva) puede ser trasformada artificialmente en inosita, y aun cuando no ha podido obtener semejante trasformación, se halla dispuesto a admitir que podría operarse muy bien en el organismo. Admítese generalmente que la composición de la inosita anhidra, se halla representada por la fórmula  $C^2 H^{12} O^{12}$  (que es también la del azúcar de uvas); pero el Sr. HONL cree que la fórmula  $C^2 H^2 O^2$  es más exacta; él ha podido, en efecto, derivar de la inosita un compuesto nitrado que tiene por fórmula  $C^2 H O + N O^2$ , y en el cual un equivalente de agua de  $C^2 H^2 O^2$  será reemplazado por  $N O^2$ . Un equivalente de azúcar equivaldría, por lo tanto, a seis equivalentes de inosita, conforme a la ecuación  $C^{12} H^{12} O^{12} = 6 (C^2 H^2 O^2)$ . (*Archiv für physiologische heilkunde*, nueva série, t. II, p. 410: 1858.)

—Debíamos consignar este hecho; pero, como dicen muy bien los redactores de la *Gazette hebdomadaire*, es de aquellos que exigen imperiosamente nuevas investigaciones, y porque la fisiología patológica de la diabetes, a la que se refiere, es un problema que ocupa con justo motivo la atención de los sabios.

Por la Prensa médica, E. CASTELO SERRA.

## PARTE OFICIAL.

### MINISTERIO DE LA GUERRA.

Núm. 28.—Circular.

Excmo. señor: El señor ministro de la Guerra dice hoy al director general de sanidad militar lo que sigue:

«Para que el art. 196 del reglamento de ese cuerpo se halle en armonía con la organización que por reales órdenes de 28 de diciembre y 25 de enero últimos se dió al cuadro de sanidad militar de las provincias de Ultramar, la Reina (Q. D. G.), conformándose con lo propuesto por V. E. en 9 de marzo del corriente año, y lo informado por la sección de Guerra y Marina del Consejo de Estado en 1.<sup>o</sup> del actual, se ha servido resolver que el espresado art. 196 se redacte y entienda en lo sucesivo de la manera siguiente:

Los oficiales de sanidad militar que pasen a Ultramar, ocuparán en el escalafón general el lugar que por su antigüedad les corresponda en la clase efectiva a que pertenezcan, entendiéndose por tal aquella a que hubiesen ascendido por rigurosa antigüedad ó por elección, y en manera alguna los empleos que se les confieran por su pase a aquellas provincias. Optarán, en su consecuencia, como los de la Península, a los ascensos que por su antigüedad les correspondan, bajo las reglas siguientes:



1.<sup>a</sup> Serán propuestos para la efectividad del empleo que como supernumerarios disfrutaban en Ultramar, aquellos á quienes por su antigüedad les correspondía ascender, en cuyo caso podrán, si les acomoda, continuar en sus mismos destinos.

2.<sup>a</sup> Si los que sirven en Ultramar obtuviesen por antigüedad empleo superior al que se hallen desempeñando y la vacante ocurriese en la Península, se les reservará el ascenso para cuando regresen á ella, si antes no les correspondiere obtenerlo en las referidas provincias.

3.<sup>a</sup> Si la vacante ocurriese en Ultramar en el caso á que se contrae la regla anterior, se les conferirá el ascenso siempre que en la Península no haya individuo alguno de la clase á que aquellos deban ser promovidos, y que contando en ella mayor antigüedad que la que al pasar á la misma pueda corresponder á los oficiales de Ultramar, soliciten ocupar la vacante, á cuyo efecto se hará la oportuna invitación, reservándoseles en este último caso el ascenso para cuando regresen á la Península.

Y 4.<sup>a</sup> A los que por las causas que quedan expresadas se les reservase el ascenso, se les declarará al obtenerlo la antigüedad de la fecha del nombramiento de los oficiales promovidos en su lugar, delante de los cuales se les colocará en la escala.

De real orden, comunicada por dicho señor ministro, lo traslado á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 15 de junio de 1859.—El mayor, Francisco de Uztariz.—Señor...

#### SANIDAD MILITAR.

##### REALES ÓRDENES.

14 junio Concediendo abono de años de servicio para derechos pasivos, al practicante de medicina del hospital militar de Ceuta D. Francisco Barrajon y Ruiz.

Id. Concediendo relief al primer ayudante médico del ejército de Filipinas D. Vicente Todolí y Albalat.

25 Id. Traslado al batallón cazadores de Simancas al segundo ayudante médico del hospital de Alhucemas D. Antonio Pardiñas y Martínez.

#### MONTE-PIO FACULTATIVO.

##### JUNTA DIRECTIVA.

En virtud de autorizacion de la Junta de apoderados, y conforme á lo prescrito en los arts. 66 y 67 del Reglamento de la Sociedad, ha procedido esta Directiva á la compra de *doscientos mil reales de títulos de la deuda pública diferida*, con el producto de la última recaudacion. La operacion tuvo efecto el día 21 del corriente, por el agente de Cambios y Bolsa D. José Patricio Alonso, en union del tesorero general comisionado, al efecto por esta Junta, al *cambio de treinta rs. y treinta cént. por ciento* del valor, al contado, previo reconocimiento; siendo el pormenor de los títulos el que á continuacion se espresa:

Dos de la serie A—números 5,681 y 6,556.

Cuatro de la serie D—números del 35,730 al 35,733, y el importe líquido de *sesenta mil seiscientos reales*.

Todo lo cual consta, con la póliza y la certificacion del mencionado agente, que obra en el expediente respectivo.

Los títulos expresados se han depositado en la Caja general de depósitos, segun tiene acordado la Junta de apoderados, el día 29 del actual, con las formalidades prevenidas en el art. 68 del mismo Reglamento; habiéndose encerrado el resguardo en el arca de esta Directiva.

Lo que se publica, por acuerdo de la misma Junta, para conocimiento de la Sociedad.

Madrid 30 de junio de 1859.—El presidente, *Tomás Santero*.—El secretario general, *Luis Colodron*.

En cumplimiento de lo establecido en el art. 74 del Reglamento de esta Sociedad, esta Junta ha acordado abrir el *pago del nuevo plazo de cuota de entrada* en las tesorerías respectivas, desde el día de esta publicacion hasta fin de agosto próximo.

Los que quieran hacer de una vez el abono de los dos plazos correspondientes á todo el semestre, podrán verificarlo en el primer trimestre; á cuyo efecto se han remitido á las Juntas delegadas las cartas de pago de ambos plazos trimestrales.

Los socios á quienes convenga más remitir su cuota por libranza á la tesorería general, podrán efectuarlo con tiempo, dirigiéndola á favor del Sr. D. José Rodrigo, que desempeña este cargo, y con el sobre al presidente de la Sociedad, en el local de la misma, calle de Sevilla, número 14, cuarto principal de la segunda escalera.

Madrid 30 de junio de 1859.—El presidente, *Tomás Santero*.—El secretario general, *Luis Colodron*.

#### Circular á las Juntas delegadas.

Para llevar á cumplido efecto la disposicion que antecede, se han remitido á las Juntas delegadas los *cargantes duplicados* para la recaudacion de las dos cuotas correspondientes á los dos trimestres del próximo semestre, con las cartas de pago comprendidas en los mismos; debiendo proceder las Juntas con arreglo á lo prevenido en los artículos 77, 78 y 79 del Reglamento de la Sociedad.

Madrid 30 de junio de 1859.—El presidente, *Tomás Santero*.—El secretario general, *Luis Colodron*.

#### SECRETARÍA GENERAL.

Por comunicacion dirigida á la Junta directiva, resulta haber sido nombrados Apoderados por el distrito de Barcelona los socios D. Serapio Escolar, D. Enrique Frau y D. Jesus Varela de Montes.

Lo que se publica para conocimiento de la Sociedad. Madrid 28 de junio de 1859.—El secretario general, *Luis Colodron*.

## VARIEDADES.

#### Academia de medicina de Madrid.

El jueves último ha proseguido esta sabia corporacion su debate sobre la cuestion hipocrática. Despues de leida el acta, y del despacho ordinario, el Dr. Nieto y Serrano continuó en la lectura de su discurso, que no pudo terminar. El jueves próximo acabará sin duda de leerle, y quizás empiece á hablar el Sr. Ametller, con el cual finalizará el turno, cerrándose probablemente la discusion luego que hable, si gustá hacerlo, el Sr. Mata, y rectifiquen los que crean necesario hacer alguna rectificacion.

Dispénsennos los lectores de que no nos apresuremos á dar una idea del discurso del Sr. Nieto: por su índole, altamente filosófica, se presta mal á extractos rápidos y hechos con escasa meditacion; y por otra parte, bueno será que acabemos antes de publicar la respuesta dada por el Sr. Mendez Alvaro á las conclusiones del doctor Mata.

#### Nuevo honor á la clase médica.

El día 29 de junio anterior fué recibido pública y solemnemente en la Real Academia española, nuestro querido amigo y colaborador el Dr. D. PEDRO FELIPE MONLAU, bien conocido de todos por sus obras y por el distinguido lugar que ha logrado hacerse entre los hombres de ciencia y los literatos contemporáneos. Leyó el nuevo académico, con buena entonacion y de la manera grave que es propia de estos actos, un proporcionado discurso sobre el origen y formacion del romance castellano, que cautivó la atencion de todos y obtuvo señaladas muestras de aprobacion, así por lo castizo del lenguaje y lo elegante y severo del estilo, como por el prolijo estudio y cabal conocimiento que revela del habla de Castilla. Contestóle el distinguido y apreciable literato D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, leyendo otro lindísimo discurso, igualmente notable por el profundo conocimiento que supone de la paulatina formacion de nuestra habla, por la galanura del lenguaje, por la facilidad y ligereza con que parece escrito, y hasta por el saborcillo epigramático con que alguna vez recrea. Terminada la lectura, el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, que presidía, puso en manos del señor Monlau el diploma y la medalla de académico.

Como el lector advertirá desde luego, en la persona del Sr. Monlau, que tanto lo merece, acaba de alcanzar la medicina un honor muy distinguido, que no sin fundamento la deberá envanecer. En aquel cuerpo vemos figurar tambien, de la manera más digna, á otro respetable y querido compañero de los que, cultivando las letras á par que la ciencia, han honrado largo tiempo hace, y honran más á la medicina española contemporánea. Nos referimos al Excmo. Sr. D. MATEO SEGANE, uno de los médicos ornados de más sobresaliente mérito por su vasta instruccion, por los infinitos y desinteresados servicios que tiene prestados al pais, y por las miras rectas y patrióticas que le han animado siempre. Los dos bastan para representar en la Academia española, de la manera más digna, á la clase médica, y dar á conocer que no escasean en esta clase los hombres de sólida instruccion literaria.

No queremos privar á los lectores de un importante párrafo del discurso de nuestro buen amigo el Sr. Monlau; en el cual se encierra una gran verdad que conviene mucho no echar en olvido.

Despues de haber demostrado que en su casi totalidad trae origen nuestra habla del latin, dice:

«¿Comprendeis ahora cuánto yerran los que niegan la utilidad, la necesidad del conocimiento del latin?»  
«¿Comprendeis ahora cuánta es la imprudencia de los que discuten y dudan si el estudio del latin debe ser la base de la instruccion clásica de la juventud?»  
«Tanto valdria discutir si nos conviene ó no renegar de nuestra buena madre, hacer trizas nuestra cuna, pegar fuego á la casa paterna, perder nuestro nombre, abdicar nuestras glorias y renunciar la herencia de la filosofía más sana, de la literatura más preciosa. No, no cabe discusion: lo que sí importa y urje, para lustre de las carreras y para librar de inútiles tormentos á la pobre infancia, es variar radicalmente los métodos de enseñanza, graduar los programas y hacer resaltar por medio de la lógica las naturales conexiones del latin

con los idiomas modernos, y las no menos marcada que estos guardan entre si, como que no son mas que grandes dialectos del latin, que han recibido su carácter específico de la topografia, del clima, de los antecedentes históricos respectivos, y de algunas circunstancias accidentales.»

Damos fin á este reducido artículo, felicitando de la manera más cordial á nuestro amigo el Dr. Monlau, por el distinguido honor que acaba de conseguir, y felicitando de paso á la clase médica, sobre la cual refluyen al cabo en gran manera los premios y distinciones que alcanzan los individuos que la componen. Así es como se la dá importancia, se la enaltece y se atrae sobre ella la consideracion de los gobiernos y de la generalidad de las gentes.

#### ¡La nueva faz!

Así ha llamado la *España médica* á cierta cuestion intercurrente que se ha ingerido en la antihipocrático-materialista provocada y sostenida por el Sr. Mata: hablamos de la motivada por el artículo, ya célebre, de la *Revue de médecine* de París.

Cuando en nuestro número de 19 del mes anterior insertamos, con el título «DOCUMENTO NOTABLE», el comunicado que trabajosamente habian logrado, la citada *España* y la *Iberia médica*, hacer suscribir á otros periódicos médicos y cirujanos, sabiamos demasadamente que el comentario, por nuestra parte añadido, estaria muy lejos de agradar á los dos colegas que habian tomado por su cuenta la defensa del Sr. Mata, promoviendo para ello una especie de cruzada contra el periódico de París.

No tardó mucho el primero en aparecer con un artículo dolorido y chillon, con puntas y collares á la par de crítico, de epigramático, y de varias otras cosas; pero aun quisimos aguardar á que juntara el otro su voz para que resultase concierto; y hasta tuvimos formales tentaciones de dar tiempo para que el coro entero rompiera á gritos guiado por aquellos dos partiquinos, y á una señal del maestro. Este era al cabo el mejor medio de ahorrarnos tiempo, molestia y espacio en el periódico; y de paso el procedimiento más expedito para despachar á todos de un golpe, segun uso y costumbre establecidos por el iniciador, de la gerga, que con Hipócrates, y los hipocratas, y el materialismo, y el vitalismo, y el *à priori* y el *à posteriori* ha llegado á formarse.

Vistos los artículos concernientes al asunto que han publicado los idólatras del digno académico, nos proponemos (siempre ardientísimos secuaces del libre examen!) examinar en uno de los próximos números lo que dicen, manifestando nuestra *propia* opinion.

Por de pronto parece ser que no contentos nuestros dos colegas, con haber metido en la danza hipocrática, para hacer bulto, á tres periódicos puramente de cirugía y escritos por simples cirujanos (cuya competencia no se puede menos de recusar), han admitido igualmente las firmas de otros, con la protesta de no hallarse conformes con la doctrina del Sr. Mata; y aun para que el fenómeno ofrezca mayores anomalías, ellos mismos no saben en el día cómo piensan sobre el asunto. ¿Qué significado puede darse entonces al *documento notable*? Pero ya trataremos largamente de esto, cuando veamos si algun otro adversario digno, viene á dar su arremetida á El Siglo Médico.

#### Almanaque médico del mes de julio.

Son tales los escesivos calores que hacen en julio en esta corte, que hay dias que no parece sino que estamos en la India: es comun ver el termómetro de Reaumur á los 33 y 34°, sin embargo de ser lo regular el que esté de 28 á 32°. Semejante calor es más inaguantable por los vientos Este, Sud-Este y Sud-Oeste, que son los que más acostumbran soplar. El estado atmosférico suele presentarse despejado, si bien no escasean las ráfagas, los celajes y nubarrones; y como los dos últimos meses fueron tan lluviosos, nada de extraño será que no falten tormentas acompañadas de granizo y fuertes chubascos. Por último, la presion atmosférica se revela en el barómetro, manifestándose en este instrumento de 26 pulgadas y de 1 á 6 líneas, en la sequedad y á veces en la variable.

Si en este mes llegan á verse regularizadas las afecciones atmosféricas y meteorológicas, se observarán las calenturas gástricas y biliosas, algunas de las cuales degeneran en tifoideas, con especialidad si hiciere un tiempo húmedo y caloroso: habrá bastantes casos de vesanias, de cólicos biliosos y nerviosos, de irritación



nes gastro-intestinales, algunas de ellas bajo la forma de diarreas: si en el estado atmosférico reinan alternativas anómalas y variadas, no escasearán las intermitentes de todos tipos, pero con particularidad las tercianas erráticas y cotidianas, algunas de las cuales se harán perniciosas; menudearán los casos de reumatismos musculares y artríticos, los dolores nerviosos y podágricos, y los flujos sanguíneos. También suele verse algún enfermo que otro de cólera morbo esporádico, de cólico de Madrid, de apoplejía y hasta de pulmonía.

En cuanto á las erupciones, son las más comunes los herpes, contándose entre las febriles el sarampión y las viruelas, que suelen atacar hasta á las personas adultas.

Los sanos preceptos de la higiene, en ningún mes deben observarse con tanto esmero como en el presente, si no se quiere correr el riesgo de contraer enfermedades graves que comprometan la existencia: además de abstenerse de cambiar de ropa estando sudando, no deberá hacerse uso de alimentos indigestos, crasos y cargados de especias; de las frutas á medio madurar ó que estén ya pasadas, de ciertas hortalizas, entre las que deben contarse la lechuga, los guisantes, los pimientos, y algunos sugetos de las leches y de las bebidas alcohólicas, así como del abuso de los helados.

Los baños son uno de los tantos medios que aconseja la higiene; pero se ha hecho tal abuso de ellos, que el mejor consejo que se puede dar es no tomarlos sin el previo conocimiento del facultativo, quien apreciando las circunstancias del individuo, se los ordenará en el número, modo, forma y temperatura á que deba tomarlos: de no hacerlo así, es exponerse á contraer enfermedades que comprometan la existencia del que cree que los baños son cosa de que se puede usar impunemente.

Ultimamente, la mortandad en julio, no es excesiva, como no sea que reine alguna enfermedad con carácter epidémico.

#### El Dr. Mata y la Revista Médica de París.

Bien saben los lectores de *El Siglo Médico*, que al dar los primeros noticias, en nuestro número de 22 de mayo, del artículo de la *Revue médicale* suscrito por el Dr. Sales-Girons, omitimos y censuramos toda la parte personal que contenía relativamente al Sr. D. Pedro Mata. Lo reclamaba así nuestra delicadeza, por lo mismo que éramos ardientes adversarios de sus doctrinas.

Después ha sucedido que esta parte, omitida por nosotros, ha llegado á adquirir tal celebridad, que los periódicos que siguen y apoyan al Sr. Mata y sus doctrinas, no han tenido reparo en publicarla; que varios otros, en unión de ellos, han considerado el asunto como un *casus belli*, y se han aliado para significar al periodista francés su desagrado; y que el mismo Sr. Mata le ha dado amplia respuesta, extractada ya en nuestro anterior número, indicando todo, en fin, que el asunto adquiere celebridad creciente.

¿Y han de permanecer, después de todo, los numerosos lectores habituales de *El Siglo Médico*, sin conocimiento de esas ofensas, de esas llamadas injurias y calumnias que motivan la querrela del Sr. Mata, y hacen hervir la sangre de sus apasionados? De fraudaríamos sus esperanzas si las omitiéramos, y vamos por lo tanto á trasladar los más notables párrafos, escindiéndolos de la *España médica*, para evitar que se nos atribuya una mala traducción. Nada necesitamos añadir respecto á ellos: estamos ciertos que su simple lectura sugerirá á todos las reflexiones que pudiéramos nosotros presentar:

«El Dr. Mata, más terrible de nombre, que de hecho, ha provocado, por medio de un imprevisto discurso, la manifestación general del vitalismo tradicional; pero el Sr. Mata no ha sido aquí más que una ocasión y nada más, como vamos á demostrarlo.

Es necesario que cada uno traiga consigo los vestigios de su origen y sea con ellos consecuente: el Sr. Mata es un catedrático de medicina, de origen político; es decir, que no debe su cátedra ni á oposiciones ni á obras médicas publicadas ó inéditas. Jefe de sección en un ministerio (*Chef de Cabinet*) antes de entrar en la Facultad: poeta y novelista si es menester, diputado de la democracia roja durante una de esas tormentas pasajeras de la nación: el Sr. Mata es una buena figura que sabe hacer frases de tribuna, y halla con bastante frecuencia el medio de introducir en ellas la expresión de sus sentimientos materialistas y liberales, todo lo cual no es inútil para dar realce al orador y á la oración.

Hace ya algún tiempo que la opinión política, cuyos recuerdos el periodista, le condenaba á cierta oscuridad que no se avenía mucho con sus ambiciones; y él se preguntaba naturalmente: por qué escentricidad oratoria podría decir «aquí estoy yo» y dar que hablar de sí propio.

En Francia, los hombres de la posición del Sr. Mata, cuando no tienen la palabra, toman la pluma y escriben desde lejos libros donde se lee que el bien es el mal, que lo bello es lo feo, que lo verdadero es lo falso, que Dios no existe, que la propiedad es el robo, etc., y otras enormes paradojas, que tienen siempre el poder de escitar la atención hacia su autor.

No teniendo curso en España estas contraverdades, y no queriendo el Sr. Mata, así lo creemos en su elogio, brillar á costa de estas enormidades paradójicas, debió buscar un espediente más apropiado á su condición de catedrático de la Facultad y de individuo de la Real Academia de Medicina. Se trataba de hallar en la ciencia médica alguna cosa que pudiera equivaler á la negación de la autoridad en política, ó á la negación de Dios en teología.

Esto no era difícil; el Sr. Mata imaginó, bien lo adivináis, no el negar á Hipócrates, porque hubiera sido necesaria la erudición de los que en estos últimos tiempos han querido negar á Homero ó á Moisés, pero imaginó acusar al hipocratismo como la escuela de todas las ignorancias y al vitalismo que de él emana, como la doctrina que se opone á toda clase de progreso. El Sr. Mata ponía en lugar del primero su razón propia é individual; pero ¡ay! en lugar del segundo proponía el sensualismo más brutal y la observación de la materia: sin embargo, la sustitución le ocupaba mucho menos que la destrucción misma. ¡Abajo el hipocratismo! tal fué su divisa y el epígrafe de su obra.

Con esto, en lugar de tomar los textos originales que hubiera necesitado saber leer, nuestro sabio catedrático se apodera de todas las críticas triviales producidas y reproducidas por otros como él á través de los siglos; hace de ello un discurso académico, el cual hubiera sido completamente inocente (*Tantum imbecille...*), si la palabra incisiva y el tono provocativo del orador no le hubiesen dado un carácter enteramente diferente.

Por todas las Variedades:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

### CRONICA.

**Estado sanitario de Madrid.**—Sin embargo de que el estado atmosférico del último setenario estuvo en sus primeros días amenazando lluvia, á pesar de que el barómetro llegó á indicarla y también los densos nubarrones que en el horizonte se veían, con todo no se verificó, habiendo solo unas ligerísimas lloviznas del Sur muy propias de la estación. Tampoco llegó á incomodar el calor, así es que el termómetro de Reaumur no pasó de 24°, excepto dos días que subió hasta 28°.

En nada variaron las enfermedades que más llegaron á observarse en la última semana: fiebres gástricas, intermitentes de tipo cotidiano y terciano, algunas afecciones nerviosas y tifoideas, dolores reumáticos y nerviosos, ronqueras, fluxiones á la boca, anginas y erisipelas, fueron las que abundaron más.

En los niños que lactan principian á advertirse las afecciones propias de la dentición, que tantas desgracias acostumbran producir.

En los ancianos siguen las fiebres mucosas, siendo muy rara en ellos la calentura gástrica que, si se prolonga, no venga á terminar en una de aquellas, y más especialmente si se ha abusado del plan antiflogístico.

Las defunciones escasearon afortunadamente, y casi todas recayeron en sugetos que padecían afecciones crónicas de pecho ó de vientre.

**¿Qué gracioso está el señor!**—El periódico *huf* ha hecho en su último número como que quiere contestar al postro artículo que le dirigió el Sr. Mendez Alvaro antes de la protesta que hizo de cortar con él todo género de disensión, puesto que no sabía ó no quería discutir en aquellos términos decorosos, dignos y razonables en que se discuten siempre los asuntos científicos. Cinco columnas de insípida *guasa*, que diría un andaluz, y dos de disparates que advierte desde luego cualquier persona de mediana instrucción, componen esa respuesta. Necesario es confesar que hemos sufrido recientemente dos decepciones, que no nos amargan, respecto á nuestro colega: habíamos por una parte creído que un tanto cuanto amañado por la experiencia, y salido ya de la puericia, iba adquiriendo formalidad, y haciéndose digno de que con él se hablara gravemente y aun se discutiera; y por otro lado, viéndole fuera del colegio y completada su educación, supusimos que sería cortés y estimaría la cortesía en lo que vale. Ni lo uno ni lo otro: el natural siempre domina, cumpliéndose en él, sin quitar punto ni coma, este verso francés:

«Chassez le naturel, il revient au galop.»

**Real Academia de Ciencias.**—Esta respetable corporación celebra sesión pública hoy á la una de la tarde, para la recepción del académico numerario D. Manuel Rico y Sinobas, catedrático de física en la Universidad central, que es también profesor de medicina. Este apreciable compañero leerá el correspondiente discurso de entrada.

**Visita á los baños del Molar.**—El Excmo. Sr. Gobernador de esta provincia acaba de visitar el establecimiento de aguas y baños del Molar, y ha quedado muy complacido del aseo, orden y buena dirección que allí se advierte.

**Facultativos forenses.**—En el último número del *Restaurador farmacéutico* leímos lo siguiente: «En prensa ya nuestro número, acabamos de saber que el proyecto de reglamento de estos profesores ha quedado definitivamente aprobado por la comisión, y tal vez á la hora en que esto se lea estará en poder del señor ministro de la Gobernación.»

También contiene el *Restaurador* otro artículo sobre facultativos forenses que nos obliga á dar alguna respuesta. Tomando pie aquel colega de una gaceta publicada tiempo hace en *El Siglo Médico*, y de haber dicho entre otras cosas, en uno de los próximos números, que podría dificultar el asunto la cuestión de si ha de haber farmacéuticos forenses, parece suponer que nosotros nos oponemos á que se establezcan los peritos químicos necesarios para ilustrar á los tribunales. No es así: queremos que no falten esos peritos, de todo punto y cada vez más precisos; pero no creemos que se les deba llamar *farmacéuticos forenses*, por cuanto no van á proceder como farmacéuticos los que pertenezcan á esa profesión.—La divergencia de opiniones no es mucha en realidad, á lo menos mientras abundan poco los químicos fuera de la profesión farmacéutica.—También creemos estas dos cosas: que no se necesitan los químicos forenses en tanto, ni en la mitad de número que los médicos, y que muchos médicos forenses podrán desempeñar la parte pericial de química. Ciertamente que son raros los médicos que en la actualidad puedan considerarse como medianos químicos; pero también son ciertas estas dos cosas: que otro tanto sucede respecto á la generalidad de los farmacéuticos, y que en adelante debe esperarse que los médicos se dediquen más al estudio de la química.

**Muy bien dicho.**—En el *Droguero farmacéutico* hemos leído un buen artículo, suscrito por D. Mariano Perez

Minguer, en que se recomienda á los farmacéuticos que respeten los derechos de los médicos, y no traspasen los límites de su propio terreno, invadiendo el campo de la medicina. Celebremos la buena fé de nuestro compañero farmacéutico de Valladolid. Cada cual debe reducirse á sus facultades y guardar consideración á las otras profesiones. He aquí un párrafo de los más notables de este escrito:

«Vastísimo es el campo que la farmacia presenta al génio filosófico, al experimentalista, al de índole práctica y manipuladora, al de inclinación mecánica, industrial y mercantil: ¿á qué, pues, aspirar á dominar en campos vedados, á realizar intrusiones escandalosas, impropias de un hombre que posee un diploma? Nuestra farmacia tiene ramos suficientes para satisfacer nuestras inclinaciones todas, y cualquiera de ellas á que el profesor se dedique con laboriosidad, tino y constancia, le proporcionará lo sobran para satisfacer los deseos racionales y suficientes para vivir con decoro, con independencia y aprecio. ¿A qué, pues, estralimitarnos de lo que nos marca nuestro título, si en su misma órbita todo lo encontramos y tenemos? Exhortemos al médico homeópata á que cumpla con su obligación, recetando sus medicamentos en la vía y forma que las leyes civiles y naturales se lo ordenan; inculquemos al médico y cirujano alópata la moralidad en sus acciones, patentizando la fealdad de su culpa, cuando por su cuenta y con gran secreto y misterio entrega al paciente una medicina que él mismo confeccionó y recetó; hagámonle ver con lenguaje digno que jamás en casa del enfermo se debe proceder á la confección de un medicamento, y si solo á dar las reglas para su aplicación, porque los medicamentos tienen su único despacho en las boticas: denunciemos sin tregua ni descanso á los infractores de la ley, y persiguámonos á toda clase de intrusos, sin reconocer su categoría, posición ni estado; nunca tengamos consideración de él, aun cuando nos preste que lo hace guiado por su caridad y por la gracia que á la humanidad se debe.»

**Propuesta.**—La Facultad de medicina de Parisha propuesto á Mr. Longet para la cátedra de fisiología, vacante desde que falleció Mr. Berard. También ha propuesto para la de farmacia á Mr. Regnault.

**Muerte simulada.**—El famoso Col. Townshend, citado en las obras quirúrgicas de Gooch por la rara habilidad de suspender el movimiento de su corazón y de su pulso cuando quería, acaba de hacer su último experimento. Reunidos al efecto muchos médicos en Nueva-York, se echó de espaldas; el Dr. Cheyne le tomó el pulso, el Dr. Reinard le aplicó la mano al corazón, y el Dr. Shrine puso un espejo delante de su boca. Pasados algunos segundos, el pulso, los movimientos respiratorios y el impulso del corazón desaparecieron. Trascurrió media hora, y llegó á creerse que el experimento se había llevado demasiado lejos, y que el sugeto podría haberse muerto de verdad. Pero pronto volvió á la vida, y la respiración y circulación tomaron su curso natural. El experimento no había podido salir mejor; pero es el caso que Townshend murió en toda regla seis horas después.

**Mortandad de los niños en Rusia.**—En todas partes es considerable esta mortandad; pero en Rusia parece ser excesiva. Antes de los 5 años mueren la mitad de los niños, de 5 á 10 la octava parte y otra octava de 10 á 20; de modo que las tres cuartas partes de los nacidos perecen antes de la edad viril. Atribúyese esta mortandad á la ignorancia y al abandono de las medidas higiénicas, entre otras la vacunación, que apenas se usa en algunos distritos, dando lugar á que las viruelas diezmen horriblemente la población.

### GACETA DE EPIDEMIAS.

Hay noticias estraoficiales acerca de la peste de Tripoli. Parece ser que de algún tiempo á esta parte se ha recrudecido estraordinariamente, y que es este año más violenta que el anterior. El Gobierno español debe por lo tanto mantener con rigor las medidas cuarentenarias adoptadas, que cautamente ha conservado aun cuando de una manera oficial se decía que había cesado el peligro, y las autoridades sanitarias de los puertos conviene que redoblen su vigilancia.

También el cólera morbo ha aparecido y hace numerosas víctimas en Calcuta, amenazando desde allí á Europa. Un buque que el 27 de abril salió para Europa, había tenido 17 casos á bordo. ¿Qué confianza podrá inspirar en el puerto de arribada?

### VACANTE.

Lo está. La plaza de médico-cirujano del Valle de Araya, provincia de Alava; compuesto de ocho pueblos que tienen de población 2,000 almas poco más ó menos: la dotación es 8,000 rs. vn. sin retribución por visitas, pagados por el ayuntamiento, á saber: los 6,500 rs. divididos por trimestres y los 1,500 rs. restantes en fin del mes de setiembre. Los aspirantes deberán hacer las solicitudes con relación de sus méritos en el término de treinta días, contados desde la inserción de este anuncio en *El Siglo Médico*, dirigiéndolas al alcalde.

### SOCORRO PARA UN COMPAÑERO CIEGO.

|  | Reales. |
|--|---------|
| Suma anterior.   | 5,088.  |
| D. Pedro Calvo Asensio, director del periódico político LA IBERIA, Madrid. | 58.     |
| Francisco Alonso y Rubio, id.  | 19.     |
| Angel Lopez Solorzano, médico-cirujano; Calcuta.                           | 13.     |
| Suma.  | 5,160.  |

Por todo lo no firmado:

El Srío. de la Redacción, RAIMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID: 1859.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.

Pretil de los Consejos, 3, principal.